

El «pelegrino» Ignacio de Loyola

10 ESTRATEGIAS PARA HACERSE PERSONA

JESUS GARRIDO

Presentamos 10 estrategias que, tradicionalmente, han constituido todo un sistema de acción educativa: son diez formas o diez modos que suelen darse cuando se trata de ayudar al desarrollo de una persona. Y aplicamos este estudio a la historia del «pelegrino» Ignacio de Loyola, tal como él gusta de llamarse frecuentemente en su Autobiografía. Con ello, además de este pequeño recuerdo, queremos resaltar precisamente cómo de la vida singular de figuras educativas de tal relieve, se pueden entresacar aquellas estrategias que luego sirven de base para amplios y frecuentes ensayos pedagógicos, tales como los que hemos tratado de reproducir frecuentemente en nuestras páginas de la revista y en nuestros Cursos PM, como algo fundamental en la construcción de la persona. Es nuestro mejor homenaje pedagógico y agradecimiento de discípulos al que ha sido llamado por sus compañeros «Padre y Maestro Ignacio».

EL «PELEGRINO» IGNACIO DE LOYOLA

Nos ha servido de base para nuestro estudio la Autobiografía que el mismo Ignacio dictó a su compañero, P. Luís Gonçalves da Câmara, después de una intensa demanda por parte del P. Jerónimo Nadal: «Pido y suplico al Padre Ignacio que tenga a bien explicarnos cómo el Señor le había dirigido desde el comienzo de su conversión, de modo que aquella explicación pudiese servirnos de tratamiento y enseñanza paterna».

Ignacio tardó todavía tiempo en responder; pero, al fin, tal como lo relata el P. Luís Gonçalves da Câmara, accedió a ello, probablemente en agosto de 1553. Luego, al llegar a los episodios de Manresa, Ignacio interrumpe el relato, al que vuelve el 9 de marzo de 1555. Interrumpe de nuevo y comienza otra vez de setiembre a octubre de 1555.

«El modo que el Padre tiene de narrar —dice el P. Câmara— es el que suele en todas las cosas, que es con



tanta claridad, que parece que hace al hombre presente todo lo que es pasado; y con esto no era menester demandarle nada, porque todo lo que importaba para hacer al hombre capaz, el Padre se acordaba de decillo. Yo venía luego inmediatamente a escribillo, sin que dijese el Padre nada, primero en puntos de mi mano, y después más largo, como está escrito. He trabajado de ninguna palabra poner sino las que he oído del Padre; y, en cuanto a las cosas que temo haber faltado, es que, por no dexiarme de las palabras del Padre, no he explicado bien la fuerza de alguna dellas».

Por otra parte, estaban ya escritos los Ejercicios Espirituales y las Constituciones de la Compañía de Jesús; pero lo que además les interesaba era «cómo el Señor le había dirigido», «cómo el Señor le formó» y que «en ninguna cosa podía el Padre hacer más bien a la Compañía... y que esto era fundar verdaderamente la Compañía». A lo cual Ignacio, después de muchas insistencias, respondió «que se había del todo determinado, y la cosa era, de clarar cuanto por su ánima hasta agora había pasado».

Finalmente, conviene recordar el porqué de nuestra elección: hemos preferido la Autobiografía, en primer lu-

gar porque el estudio de toda su vida nos resultaba inabarcable para nuestro propósito de la revista, y, segundo —más importante—, porque en este texto se ve de una forma más directa y quizá espontánea todo el proceso de su historia inicial que marcó sin duda el proceder de su segunda parte de la vida y la aplicación de las estrategias aprendidas a la fundación y desarrollo de la Compañía.

El texto de la Autobiografía (1555) no se editó hasta la primera mitad del siglo XVIII, y en latín. San Francisco de Borja, cuando encarga al P. Ribadeneira la primera vida de San Ignacio, había mandado retirar todos los ejemplares en 1566. Sólo a principios del siglo XX se publica en su original castellano - italiano. Citaremos dos ediciones recientes para su completa lectura. «San Ignacio de Loyola / Autobiografía y Diario Espiritual», BAC 1947 / Comentarios por el P. Victoriano Larrañaga» y, más recientemente, «El peregrino / Autobiografía de San Ignacio de Loyola» / Comentarios por Josep M.^a Rambla / Mensajero - Sal Terrae 1983.

10 ESTRATEGIAS PARA HACERSE PERSONA

De las observaciones hechas sobre diversos personajes suelen deducirse una serie de estrategias que han ido utilizando durante su vida para llegar a la cumbre de su desarrollo personal. No son, por tanto, estrategias «a priori», como normas de conducta inventadas teóricamente que luego han de tenerse en cuenta. Son estructuras vitales, procesos dinámicos que se deducen «a posteriori» de la observación de los hechos y modos de proceder cotidianos de personas relevantes. No es, por tanto, una formulación esquemática, fría y aséptica: es un producto de la observación vital y que, presumiblemente, puede convertirse en guía de acción para los demás, con las ventajas o quizá riesgos que su utilización indebida e inflexible pueda llevar consigo. No son un código de conducta, sino la historia del proceder humano, formulada en esquemas que puedan ayudarnos a entender cómo otros procedieron y consiguieron metas significativas.

Los títulos de cada una de estas 10 estrategias que iremos desarrollando, fijándonos en los mismos textos de la Autobiografía de San Ignacio, son los siguientes:

1. Estrategia: «académica»
2. Estrategia: «afectiva»
3. Estrategia: «confrontación»
4. Estrategia: «experimentación»
5. Estrategia: «grupal»
6. Estrategia: «habituación»
7. Estrategia: «imitación»
8. Estrategia: «interiorización»
9. Estrategia: «moralización»
10. Estrategia: «política»

Por otra parte, es necesario advertir desde el principio que ninguna de estas estrategias se da seguramente en grado puro y que un mismo hecho puede ser enfocado desde distintos puntos de vista: de ahí que, a veces, se repita la misma frase en dos o más estrategias, según el enfoque o matiz que quiera darse. Así, por ejemplo, todo hecho

aceptado como tal cabe bajo el perfil de «experimentación»; pero eso mismo tiene a veces una incidencia específicamente «grupal» y, otras veces, un ámbito predominantemente de «imitación». Esto sucede en la vida ordinaria donde un mismo acontecimiento tiene a veces diferentes motivaciones y así hay que consignarlo como tal.

1. Estrategia: «académica»

Es la estrategia educativa por la que se insiste en la necesidad de una formación sistemática y académica, no sólo por la importancia y el interés particular que puedan tener los estudios para una persona sino también por su condición de prerequisite ineludible muchas veces para desempeñar un oficio.

En este sentido señalamos las cuatro grandes ciudades (Barcelona / Alcalá / Salamanca / París) en donde estaban situadas las Instituciones educativas a las que asistió San Ignacio, después de sus experiencias particulares de Manresa, donde Dios comenzó a tratarle como un maestro enseñando a un niño.

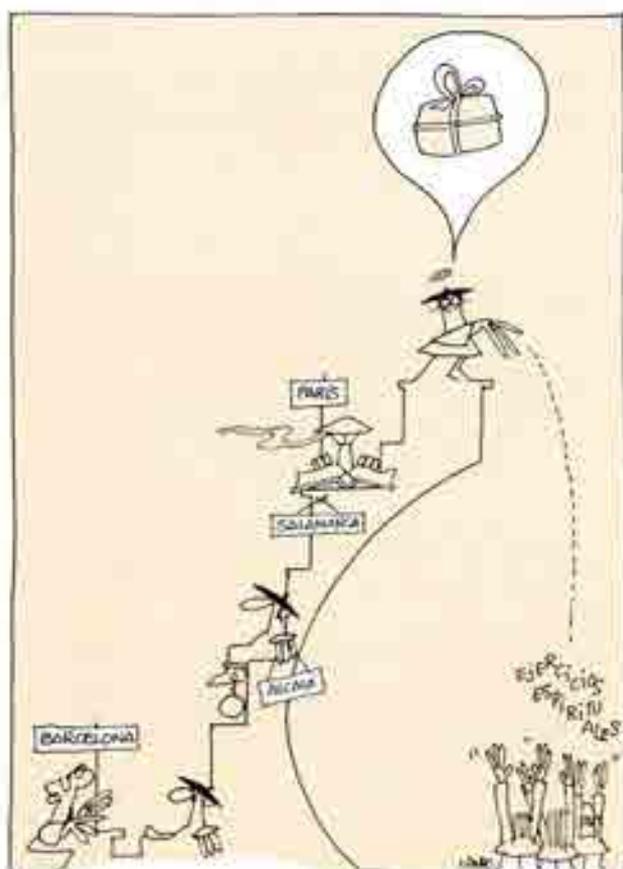
MANRESA (1522)

«En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole; y, ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que le había dado Dios para servirle, claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba de esa manera» (a propósito de comer o no carne) (27).

BARCELONA (1524-1526)

«Llegado a Barcelona (1524; tenía 33 años) comunicó su inclinación de estudiar con Isabel Roser, y con un maestro Artévol que enseñaba gramática. A entrambos pareció muy bien y él se ofreció a enseñarle de balde, y ella de dar lo que fuese menester para sustentarse... Comenzó a estudiar con harta diligencia; mas impedíale mucho una cosa, y era que, cuando comenzaba a decorar (aprender de memoria), como es necesario en los principios de gramática, le venían nuevas inteligencias de cosas espirituales y nuevos gustos; y esto con tanta manera, que no podía decorar, ni por mucho que repugnase las podía echar» (54).

«Y así, pensando muchas veces sobre esto, decía consigo: "Ni cuando me pongo yo en oración y estoy en la misa no me vienen estas inteligencias tan vivas". Y así, poco a poco, vino a conocer que aquello era tentación. Y,



después de hecha oración, se fue a Santa María del Mar, junto a la casa del maestro, habiéndole rogado que le quisiese en aquella iglesia oír un poco. Y así, sentados, le declara todo lo que pasaba por su alma fielmente, y cuán poco provecho hasta entonces por aquella causa había hecho; mas que él hacía promesa al dicho maestro, diciendo: "Yo os prometo de nunca faltar de oiros estos dos años, en cuanto en Barcelona hallare pan y agua con que me pueda mantener". Y como hizo esta promesa con harta eficacia, nunca más tuvo aquellas tentaciones» (55).

«Acabados dos años de estudiar, en los cuales, según le decían, había harto aprovechado, le decía su maestro que ya podía oír Artes, y que se fuese a Alcalá. Mas todavía él se hizo examinar de un doctor en teología, el cual le aconsejó lo mismo; y así se partió solo para Alcalá, aunque ya tenía algunos compañeros, según creo» (56).

ALCALA (1526)

«Estudió en Alcalá casi año y medio... y estudió Términos de Soto, Física de Alberto y el Maestro de las Sentencias».

«Desde el día que entró en la cárcel el peregrino, hasta que le sacaron, se pasaron cuarenta y dos días; al fin de los cuales, siendo ya venidas las devotas, fue el notario a la cárcel a leerle la sentencia, que fuese libre, y que se vistiesen como los otros estudiantes, y que no hablasen de las cosas de la fe dentro de cuatro años que hubiesen más estudiado, pues que no sabían letras. Porque, a la verdad, el peregrino era el que sabía más, y ellas eran con poco fundamento» (62).

ESTUDI GENERAL DE BARCELONA

El Estudi General de Barcelona, de 1508, comprendía las cátedras de Gramática, Lógica, Filosofía natural y moral, comenzando las clases el día de San Lucas, 18 de octubre, y terminando el 31 de julio. Los libros que seguramente usó en sus estudios de Gramática fueron: «Gramática Latina», de Antonio de Nebrija; la «Eneida», de Virgilio; los «Proverbios», de Séneca; los «Disticha moralia», de Catón, y el «Doctrinale puerorum», del poeta franciscano Alejandro de Villedieu. Le ofrecieron también la lectura del libro de Erasmo «De milite christiano»: «Y comenzando a leer en él, juramente se le comenzaba a entibiar su fervor», y a enfruírsele su devoción. Y como echase de ver esto algunas veces, a la fin echó el libro de sí y cobró con él y con las demás obras de este autor tan grande ojeriza y aberrecimiento que después jamás quiso leerlas él ni consintió que en nuestra Compañía se leyesen, sino con mucho defecto y mucha cautela» (P. Ribadeneira).

«Con esta sentencia estuvo un poco dudoso de lo que haría, porque parece que le tapaban la puerta para aprovechar las ánimas, no le dando causa ninguna, sino porque no había estudiado. Y, en fin, él se determinó de ir al arzobispo de Toledo, Fonseca, y ponerle la cosa en sus manos. Partióse de Alcalá y halló al arzobispo de Toledo en Valladolid; y, contándole la cosa que pasaba fielmente, le dijo que, aunque no estaba ya en su jurisdicción, ni era obligado a guardar la sentencia, todavía haría en ello lo que ordenase, hablándole de Vos, como solía a todos. El arzobispo le recibió muy bien, y entendiéndole que deseaba pasar a Salamanca, dijo que también en Salamanca tenía amigos y un colegio, todo le ofreciendo; y le mandó luego, en se saliendo, cuatro escudos» (63).

SALAMANCA (1527)

«Llegado a Salamanca, estando haciendo oración en una iglesia, le conoció una devota que era de la compañía (grupo de personas que le acompañaban), porque los cuatro compañeros ya había días que allí estaban, y le pre-

LA UNIVERSIDAD DE ALCALA

La Universidad de Alcalá fue fundada en 1508 por el arzobispo de Toledo, Fray Francisco Jiménez de Cisneros, y era el centro más brillante del humanismo y de la renovación científica. Contaba con un alto nivel de profesores de lenguas clásicas y orientales, artes, filosofía, teología, biblia, derecho canónico y medicina. Allí se desarrolló también la Políglota Complutensis y hasta allí llegaron también las obras de Erasmo y las doctrinas de los Alumbrados. Posiblemente, Ignacio, al juzgar por una de las sentencias que recibió en su prisión, no asistía regularmente a las clases de la Universidad: «Preguntado si con letrado, o personas ignorantes los susodichos, dixo que no lo sabe, más de que algunos dellos oyen principios de gramática y lógica, y que no van a estudio, salvo que particularmente les enseñan».

guntó por su nombre, y así lo llevó a la posada de los compañeros. Cuando en Alcalá dieron sentencia que se vistiesen como estudiantes, dijo el peregrino: Cuando nos mandaste teñir las vestes, lo habemos hecho; mas ahora esto no lo podemos hacer, porque no tenemos con qué comprarlas». Y así el mismo Vicario les ha proveído de vestiduras y bonetes, y todo lo demás de estudiantes; y de esta manera vestidos habían partido de Alcalá» (64).

«Invitado a comer al Colegio de los dominicos de San Esteban... después de comer, el Soporior, en ausencia del Prior, con el confesor, y creo yo que con otro fraile, se fueron con ellos en una capilla, y el Soporior, con buena afabilidad, empezó a decir cuán buenas nuevas tenían de su vida y costumbres, que andaban predicando a la apostólica; y que holgarían saber de estas cosas más particularmente. Y así comenzó a preguntar qué es lo que habían estudiado. Y el peregrino respondió: "Entre todos nosotros, el que más ha estudiado soy yo", y le dio claramente cuenta de lo poco que había estudiado, y con cuán poco fundamento... Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios, y de esto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras o por Espíritu Santo. No por letras; ergo por Espíritu Santo» (65).

«Y algunos días después fue llamado delante de cuatro jueces... Y aquí le preguntaron muchas cosas, no sólo de los ejercicios, mas de Teología, verbigracia de la Trinidad y del Sacramento... Y él hizo su prefación primero. Y todavía mandado por los jueces, dijo de tal manera, que no tuvieron que reprenderle. El bachiller Frías le preguntó un caso de cánones; y a todo fue obligado a responder, diciendo siempre primero que él no sabía lo que decían los doctores sobre aquellas cosas. Después le mandaron que declarase el primer mandamiento de la manera que solía declarar. El se puso a hacerlo, y detúvose tanto y dijo tantas cosas sobre el primer mandamiento, que no tuvieron ganas de demandarle más. Antes de esto, cuando hablaban de los Ejercicios, insistieron mucho en un solo punto, que estaba en ellos al principio: de cuándo un pensamiento es pecado venial, y de cuándo es mortal. Y la cosa era, porque, sin ser él letrado, determinaba aquello. El respondía: "Si esto es verdad o no, allá lo determinad; y, si no es verdad, condenadlo" Y al fin ellos, sin condenar nada, se partieron» (68).

«Y a los veintidós días de que estaban presos, les llamaron a oír la sentencia, la cual era que no se hallaba ningún error ni en vida ni en doctrina; y que así podrían hacer como antes hacían, enseñando la doctrina y hablando de cosas de Dios, con tanto que nunca definiesen: esto es pecado mortal o esto es pecado venial, si no fuese pasados cuatro años, que hubiesen más estudiado... Y hallaba dificultad grande de estar en Salamanca porque para aprovechar las ánimas les parecía tener cerrada la puerta con esta prohibición de no definir de pecado mortal y venial. Y así se determinó de ir a París a estudiar» (70).

PARIS (1528-1535)

«Pues como a este tiempo de la prisión de Salamanca a él no le faltasen los mismos deseos que tenía de aprovechar a las ánimas, y para el efecto estudiar primero y ajun-

LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

La Universidad de Salamanca fue fundada en 1230 por Alfonso IX de Castilla y gozaba en aquel momento de máximo prestigio. A finales del siglo XV fue dotada por los Reyes Católicos de un palacio con fachada plateresca, en cuya plaza se levanta hoy la estatua de uno de sus maestros, Fray Luis de León. Hubo hasta 25 Colegios con una población escolar de cinco a seis mil estudiantes. Entre ellos destacaba el Colegio de los dominicos de San Esteban, donde Ignacio fue interrogado acerca de sus estudios y actividades de predicación. La Universidad de Salamanca destacaba principalmente en Teología. El año 1527, cuando llegaba Ignacio a Salamanca, concluía Francisco de Vitoria su primer año de magisterio salmantino y ese mismo año comenzaba sus estudios teológicos el dominico Melchor Cano que dejaría constancia en su obra «De locis theologiacis» de las enseñanzas de su insigne maestro. Ignacio no pudo estudiar allí nada, pues su estancia no pasó de dos meses, incluidos los 22 días que pasó en la cárcel.

tar algunos del mismo propósito, y conservar los que tenía, determinado de ir a París, concertóse con ellos que ellos esperasen por allí, y que él iría para poder ver si podría hallar modo para que ellos pudiesen estudiar» (71).

«Muchas personas principales le hicieron grandes instancias que no se fuese, mas nunca lo pudieron acabar con él; antes quince o veinte días después de haber salido de la prisión, se partió solo, llevando algunos libros en un asnillo» (72).

«Y se partió para París, solo y a pie, y llegó a París por el mes de febrero (2 de febrero, lunes, fiesta de la Purificación de Ntra. Señora) poco más o menos y esto fue el año de 1528... Púsose en una casa con algunos españoles, e iba a estudiar Humanidad a Monteagudo. Y la causa fue, porque, como le habían hecho pasar adelante en los estudios con tanta priesa, hallábase muy falto de fundamentos, y estudiaba con los niños, pasando por la orden y manera de París» (73).

LA UNIVERSIDAD DE PARIS

París era una gran ciudad medieval y la Universidad se extendía por el Barrio Latino. Había allí 60 colegios con casi cinco mil estudiantes. Tenía cuatro Facultades: la de Teología, que en el siglo XVI se identificó con la Sorbona; la de Derecho Canónico; la de Medicina, y la de Artes o Filosofía, dividida en cuatro naciones: natio gallicana, anglicana o Alemanniae, natio Normanniae y natio Picarda. Ignacio estudió allí siete años; 1528-29: estudios humanísticos en Monteagudo; 1529-33: filosóficos en Santa Bárbara; 1533-35: teológicos en el convento de los dominicos de Santiago. Los estudiantes se dividían en becarios, mediobecarios y externos que se alojaban en alguna casa y asistían a las clases del colegio. Este era el caso de Ignacio: «púsose en una casa con algunos españoles». La lengua académica era el latín, que se hablaba también por los estudiantes en calles y plazas.

«Por una cédula de Barcelona le dio un mercader, luego que llegó de París, veinticinco escudos, y éstos dio a guardar a uno de los españoles de aquella posada, el cual en poco tiempo los gastó, y no tenía con qué pagarle. Así que, pasada la Cuaresma, ya el peregrino no tenía nada de ellos, así por haber él gastado, como por la causa arriba dicha; y fue constreñido a mendigar, y aun a dejar la casa en que estaba» (73).

«Y fue recogido en el hospital de Sain Jacques ultra los Inocentes. Tenía grande incomodidad para el estudio, porque el hospital estaba del Colegio Monteagudo un buen trecho, y era menester, para hallar la puerta abierta, venir al toque del Avenaría, y salir de día; y así no podía también atender a sus lecciones... Y viendo que había algunos que servían en los colegios a algunos regentes y tenían tiempo de estudiar, se determinó de buscar un amo...» (74). «Mas nunca fue posible que le hallasen un amo» (75).

COLEGIO DE MONTEAGUDO

El Colegio de Monteagudo era célebre desde 1490 por ser el más reaccionario en letras humanas y filosofía y por su rigor en la moralidad y el espíritu. Estaba regido por su restaurador Juan Standonk, de Malinas, cuyo lema era: «Congregación Standoniana... para la educación de gente nueva que aprendan a un mismo tiempo la mortificación de la vida y los estudios científicos». Comenzaba su horario a las 4 de la mañana: clase, misa, clase, recreo, disputas, comida, disputas y recomenzaba a las 3 de la tarde con clase, vísperas, disputas, cena a las 6, completas y acostarse a las 9. Los alumnos se dividían en tres niveles: rudiores, proveciores, maiores. Cuando Ignacio comenzaba sus estudios, se laureaba en Artes en Monteagudo, a sus 20 años, Juan Calvino, aunque no existe constancia de que hayan tenido relación alguna. Anteriormente, en 1495 y 96, mientras estudiaba teología, vivió en Monteagudo Erasmo, y, probablemente, estudió también allí entre 1509 y 1512 Luis Vives.

«Y al fin, no hallando remedio, un fraile español le dijo un día que sería mejor irse cada año a Flandes, y perder dos meses, y aun menos, para traer con qué pudiese estudiar todo el año; y este medio, después de encomendarle a Dios, le pareció bueno. Y usando de este consejo, traía cada año de Flandes con que en alguna manera pasaba; y una vez pasó también a Inglaterra, y trajo más limosna de la que solía los otros años» (76).

«Venido de Flandes la primera vez, empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales y daba casi en un mismo tiempo Ejercicios a tres, es a saber: a Peralta, al bachiller Castro, que estaba en Sorbona, y a un viscaíno que estaba en Santa Bárbara, por nombre Amador. Estos hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo lo que tenían a los pobres, aun los libros, y empezaron a pedir limosna por París... Hizo esto gran alboroto en la Universidad, por ser las dos primeras personas señaladas y muy conocidas... Levantáronse en París grandes murmuraciones, máxime entre españoles,

contra el peregrino; y el Maestro Govea, Principal de Santa Bárbara, diciendo que había hecho loco a Amador, que estaba en su colegio, se determinó y lo dijo, la primera vez que viniese a Santa Bárbara, le haría dar una sala por seductor de los escolares» (78).

«De allí a poco tiempo vino San Remigio, que es el principio de octubre, y entró a oír el curso de las Artes bajo un maestro llamado Juan Peña, y entró con propósito de servir al Señor; pero sin ir más adelante a buscar a otros, a fin de poder más cómodamente estudiar... Comenzando a oír las lecciones del curso, le empezaron a venir las mismas tentaciones que le habían venido cuando en Barcelona estudiaba Gramática; y cada vez que oía la lección no podía estar atento con las muchas cosas espirituales que le ocurrían. Y viendo que de aquel modo sacaba poco provecho espiritual en las letras, fuese a su maestro y dióle promesa de no faltar nunca en oír todo el curso, mientras pudiese hallar pan y agua para sustentarse. Y hecha esta promesa, todas aquellas devociones que le venían fuera de tiempo, le dejaron, y fue con sus estudios adelante quietamente» (82).

-IGNATIUS-

Al entrar en la Universidad, en el Colegio de Santa Bárbara, a sus 38 años de edad, Inigo adoptó el nombre de -Ignatius-. El maestro escogido por Ignacio como tutor fue Juan de la Peña, español de la diócesis de Sigüenza, Doctor en Artes y Medicina que tenía ya bajo su tutoría, desde 1526, a Pedro Fabro y a Francisco Javier, ya laureados en filosofía. A Ignacio le tocó vivir con los dos en el mismo aposento. Sus tutorados solían vivir con su profesor - tutor en el mismo colegio y asistir a su misma mesa.

«En aquel tiempo del curso no le perseguían como antes. Y, a este propósito, díjole una vez el Doctor Frago que se maravillaba cómo andaba quieto, sin que nadie le molestase. Y él respondió: «La causa es porque yo no hablo a nadie de las cosas de Dios; pero, acabado el curso, tornaremos a lo acostumbrado»» (82).

«Es costumbre entre los estudiantes de Artes, de París, al graduarse el tercer año de bachilleres, tomar una piedra, que dicen ellos, y porque en aquello se gasta un escudo, algunos muy pobres no lo pueden hacer. El peregrino comenzó a dudar si sería bueno tomarla. Y hallándose muy dudoso y perplejo en ello, determinó poner la cosa en manos de su Maestro, con cuyo consejo la tomó. Sin embargo, no faltaron murmuradores; al menos un español que lo notó... «En París se encontraba ya en este tiempo muy mal del estómago. Y habiendo ya en este tiempo pasado el curso de las Artes, y estudiado algunos años de Teología y ganado los compañeros, la enfermedad iba siempre muy adelante, sin poder hallarle remedio, por muchos que se probaron» (84).

«Decían los médicos, no quedaba otro remedio como los aires natales. Y haciéndole mucha fuerza los compa-

ñeros, le aconsejaban lo mismo... Al fin el peregrino se dejó persuadir de los compañeros... Montó en su rocín comprado por sus compañeros y se fue solo hacia su tierra, encontrándose mucho mejor por el camino...» (87).

MAESTRO EN ARTES

Ignacio logra el Bachillerato en Artes en 1532. El 13 de marzo de 1533 recibe la Licenciatura: «Yo Nicolaus d'Origny, con la autoridad de los apóstoles Pedro y Pablo, os doy licencia de regir, disputar, determinar y otras formas de ejercer la docencia, en la Facultad de París y de toda la tierra...» El 14 de marzo de 1534 recibe el diploma de Maestro en Artes: «Hacemos constar que nuestro dilecto y prudente varón Ignacio de Loyola, de la diócesis de Pamplona, después de unos rigurosos exámenes, obtiene el grado de Maestro en Artes en la Facultad de París, con loa y honor...» Los estudiantes de artes o filosofía hacían tres cursos: en los dos primeros se estudiaban las Súmulas de Pedro Hispano, el Organon y la Lógica de Aristóteles; en el tercero se estudiaban la Física, Metafísica y Ética también de Aristóteles. Asimismo, consta en un acta del 14 de octubre de 1536 de «sus estudios durante año y medio en la Facultad de Teología» del convento dominico de Saint Jacques.

2. Estrategia: «afectiva»

En la estrategia «afectiva» se da especial realce al sentimiento, como motor e indicativo de lo que está pasando por dentro en la persona. Es algo así, según dice el poeta, como «la fiebre del alma», una señal del estado de ánimo interno y del fluir de las actitudes.

En este sentido se recogen no sólo los detalles que indican una gran sensibilidad emotiva en San Ignacio, sino el mismo hecho de consolaciones y desolaciones por las que pasaba, sobre todo al principio de su nueva vida, aunque todo ello tenga en cada caso un origen más allá de las connotaciones humanas.

«Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora» (6).

«Cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalén des-

calzo, y en no comer sino hierbas, y en hacer todos los demás rigores de los santos, no solamente se consolaba cuando estaba en tales pensamientos, mas aún después de dejado, quedaba contento y alegre» (8).

«Lo que deseaba hacer era la ida a Jerusalén, con tantas disciplinas y abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer» (9).

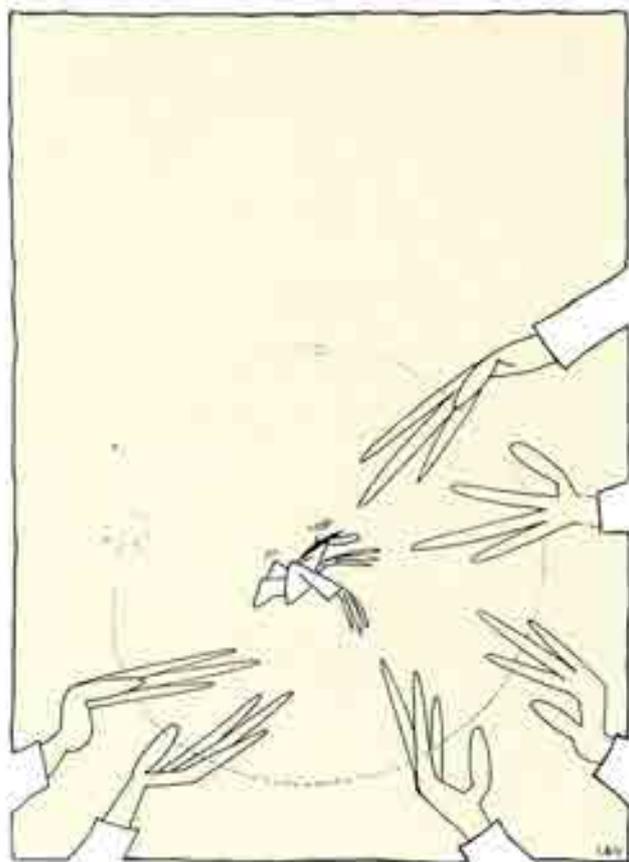
«Y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia... las palabras de Cristo de tinta colorada, las de nuestra Señora de tinta azul» (11).

«Y así determinaba de hacer grandes penitencias, no temiendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino agrandar y aplacer a Dios... Y en estos pensamientos tenía toda su consolación, no mirando a ninguna cosa interior... sino toda su intención era hacer destas grandes obras exteriores» (14).

«Y fuese camino de Monserrate, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios» (17).

«La víspera de nuestra Señora de Marzo, en la noche, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre... Y yendo ya una legua de Monserrate, le alcanzó un hombre, que venía con mucha priesa en pos dél, y le preguntó si había él dado unos vestidos a un pobre, como el pobre decía; y, respondiendo que sí, le saltaron las lágrimas de los ojos, de compasión del pobre a quien había dado los vestidos» (18).

«Hasta este tiempo siempre había perseverado cuasi en un mismo estado interior con una igualdad grande de



alegría... Pero le vino un pensamiento recio que le molestó, representándosele la dificultad de su vida... y respondió: Oh, miserable, ¿puedesme tú prometer una hora de vida? Y así venció la tentación... Y fue esto entrando en una iglesia, en la cual oía cada día la misa mayor y las vísperas y completas, todo cantado, sintiendo con ello grande consolación» (20).

«Empezó a tener grandes variedades en su alma, hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar... y otras veces tanto al contrario, que parecía habersele quitado la tristeza y desolación» (21).

«Vino a tener muchos trabajos de escrúpulos... Muéstrame tú, Señor, donde halle remedio que, aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, lo haré» (23).

«Mas en la fin de estos pensamientos le vinieron unos desgustos de la vida que hacía, con algunos ímpetus de dejalla; y con esto quiso el Señor que despertó como de sueño» (25).

«Cuando se iba a acostar le venían grandes consolaciones espirituales... y vino a concluir que era mejor de jallas» (26).

«Le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño» (27).

«Se le empezó a elevar el entendimiento, como que vía la santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer» (28).

«Otra vez, el año 50, estuvo muy malo... y pensando en la muerte tenía tanta alegría y tanta consolación espiritual en haber de morir, que se derritía todo en lágrimas» (33).

«Y viendo la cibdad de Jerusalén, el pelegrino tuvo grande consolación; y, según los otros decían fue universal en todos, con una alegría que no parecía natural; y la misma devoción sintió siempre en las visitaciones de los lugares santos» (45).

«Y se fue solo al monte Olivete... les dio a los guardas un cuchillo de las escrivánias; y después de haber hecho su oración con harta consolación... se tornó a acordar que no había bien mirado en el monte Olivete a qué parte estaba el pie derecho, o a qué parte el izquierdo... y dio las tijeras a los guardas para que le dejasen entrar» (47).

«Un pobre le pidió limosna, y él le dio un maquete; después de aquel vino otro, y le dio otra monedilla que tenía; y al tercero, no teniendo sino julios, le dio un julio... y así acabó todo lo que traía... y pidió que le perdonasen, que no traía más nada» (50).

«Los soldados le tomaron por espía... y le desnudaron... fue llevado por tres grandes calles; y él iba sin ninguna tristeza, antes con alegría y contentamiento» (52).

«Cuando empezaba a decorar, le venían nuevas inteligencias de cosas espirituales y nuevos gustos... Hizo promesa de nunca faltar a clase y desaparecieron» (55).

«Dijo D. Diego que no tenía dineros; mas abrióle una arca, en que tenía diversas cosas... las cuales todas, envueltas en una sábana, el pelegrino se puso sobre las espaldas y fue a remediar a los pobres» (56).

«Estuvo Calixto con él en la cárcel de Alcalá algunos

días; mas viendo el pelegrino que le hacía mal a la salud corporal, por estar aún no del todo sano, le hizo sacar por medio de un doctor, amigo suyo» (62).

«Pues yo os digo que no hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca, que no no deseo más por amor de Dios» (69).

«El español que le había gastado los dineros... cayó malo. Y viniéronle deseos de irle a visitar y ayudar... pensando que se entregase del todo al servicio de Dios... Se levantó de madrugada y, cuando se empezaba a vestir, le vino tanto temor que casi le parecía que no se podía vestir... Tras pasar el castillo de Argenteuil, subió a un montículo y comenzó a desaparecerle aquel sentimiento, y sintió entonces una gran consolación y fortaleza espiritual con una alegría tan grande, que empezó a gritar por aquellas campiñas y a hablar con Dios, etc.» (79).

«El pelegrino también quiso entrar y encontrando un enfermo, con peste, lo consoló y le tocó la llaga con su mano; y, después de haberlo consolado y animado un poco, se marchó solo» (83).

«Los nueve compañeros llegaron a Venecia y allí se dividieron para servir en diversos hospitales» (93).

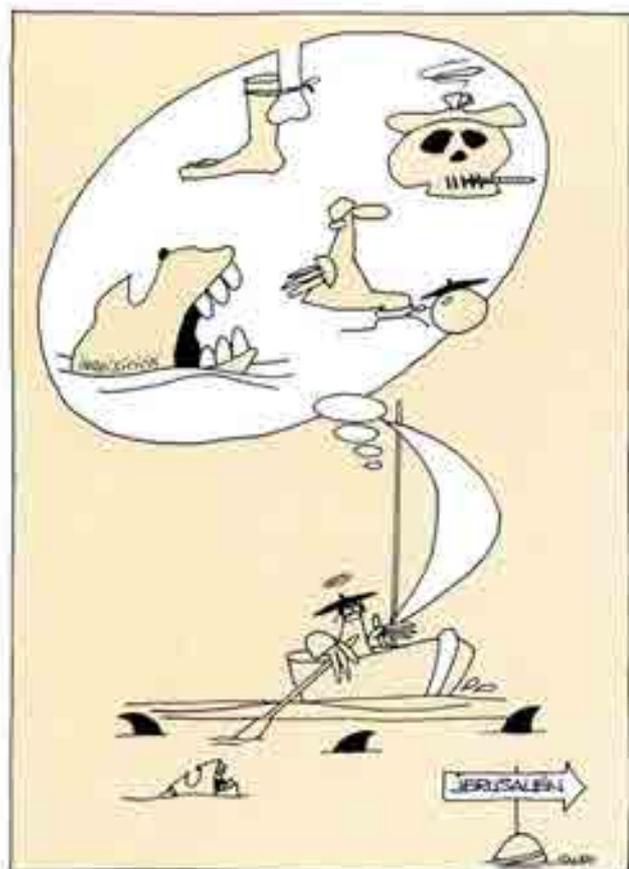
3. Estrategia: «confrontación»

Es la estrategia del empuje y del dinamismo vital, por la que se entrena a la gente no sólo a aceptar las dificultades sino ir más allá, superándolas y tomando fuerzas para nuevas situaciones. Es incluso la educación por el riesgo y saber sacar de todas las cosas lo que tienen de positivo.

En este sentido se recogen los hechos más significativos que San Ignacio quiere destacar en su autobiografía y que habrían de llenar luego de sentido su frase más repetida: la «mayor» gloria de Dios y provecho de las ánimas.

«Y así, estando en una fortaleza que los franceses combatían, y siendo todo de parecer que se diesen, salvas las vidas, por ver claramente que no se podían defender, él dio tantas razones al alcaide, que todavía le persuadió a defenderse, aunque contra parecer de todos los caballeros, los cuales se conhortaban con su ánimo y esfuerzo» (1).

«Juzgaron los médicos que la pierna herida en la defensa del castillo, después de la primera cura, se debía otra vez desconcertar, y ponerse otra vez los huesos en sus lugares, diciendo que por haber sido mal puestos la otra vez, o por se haber desconcertado en el camino, estaban fuera de sus lugares, y así no podía sanar. Y hizose de nuevo esta carnicería; en la cual, así como en todas las otras que



antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor, que apretar mucho los puños» (2).

«Y viniéndolo ya los huesos a soldarse unos con otros, le quedó abajo de la rodilla un hueso encabalgado sobre otro, por lo cual la pierna quedaba más corta; y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cosa fea; lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir el mundo, y juzgaba que aquello le afearía, se informó de los cirujanos si se podía aquello cortar; y ellos dijeron que bien se podía cortar, mas que los dolores serían mayores que todos los que había pasado, por estar aquello ya sano, y ser menester espacio para cortarlo. Y todavía él se determinó martirizarse por su propio gusto, aunque su hermano más viejo se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sólita paciencia» (4).

«Y viniéndole a la memoria de unos pocos ducados que le debían en casa del duque, le pareció que sería bien cobrarlos, para lo cual escribió una cédula al tesorero... Y cobró los dineros, mandándolos repartir en ciertas personas a quienes se sentía obligado, y parte a una imagen de nuestra Señora que estaba mal concertada, para que se concertase y ornase muy bien» (13).

«Y así al principio del año de 23 se partió para Barcelona para embarcarse. Y aunque se le ofrecían algunas compañías, no quiso ir sino solo; que toda su cosa era tener a solo Dios por refugio. Y así un día a unos que le mucho instaban, porque no sabía lengua italiana ni latina, para que tomase una compañía, diciéndole cuánto le ayu-

daría, y loádosela mucho, él dijo que, aunque fuese hijo o hermano del duque de Cardona, no iría en su compañía; porque él deseaba tener tres virtudes: caridad y fe y esperanza; y llevando un compañero, cuando tuviese hambre, esperaríay ayuda dél; y cuando cayese, que le ayudaría a levantar; y así también se confiara dél y le tenía afición por estos respectos; y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en sólo Dios... Alcanzó del maestro de la nave le llevase de valde, pues que no tenía dineros, mas con tal condición, que había de meter en la nave algún biscocho para mantenerse, y que de otra manera de ningún modo le recibirían» (35).

«El cual biscocho queriendo negociar, le vinieron grandes escrúpulos: ¿esta es, se decía, la esperanza y la fe que tú tenías en Dios, que no te faltaría?... Al fin, habido el biscocho, se embarcó; mas hallándose en la playa con cinco o seis blancas, de las que le habían dado pidiendo por las puertas, las dejó en un banco que halló allí junto a la playa» (36).

«Llegaron desde Barcelona a Gaeta... y, tan pronto desembarcó, comenzó a caminar para Roma. De aquellos que venían en la nave se le juntaron en compañía una madre, con una hija que traía en hábitos de muchacho, y un otro mozo. Llegados a una casería, hallaron un grande fuego, y muchos soldados a él, los cuales les dieron de comer, y les daban mucho vino, invitándolos, de manera que parecía que tuviesen intento de escalfentales. Después los apartaron, poniendo la madre y la hija arriba en una cámara, y el pelegrino con el mozo en un establo. Mas cuando vino la medianoche, oyó que allá arriba se daban grandes gritos; y, levantándose para ver lo que era, halló la madre y la hija abajo en el patio muy llorosas, lamentándose que las querían forzar. A él le vino con esto un ímpetu tan grande, que empezó a gritar, diciendo: ¿esto se ha de sufrir? Y semejantes quejas; las cuales decía con tanta eficacia, que quedaron espantados todos los de la casa, sin que ninguno le hiciese mal ninguno» (38).

«Llevaba todavía seis o siete ducados, los cuales le habían dado para el pasaje de Venecia a Jerusalén, y él los había tomado, vencido algo de los temores que le ponían de no pasar de otra manera. Mas, dos días después de ser salido de Roma, empezó a conocer que aquello había sido la desconfianza que había tenido, y le pesó mucho de haber tomado los ducados, y pensaba si sería bueno dejarlos. Mas al fin se determinó de gastarlos largamente en los que se ofrecían, que ordinariamente eran pobres. Y hizo lo de manera que, cuando después llegó a Venecia, no llevaba más que algunos cuatrines, que aquella noche le fueron necesarios» (40).

«Manteniase en Venecia mendicando, y dormía en la plaza de San Marcos; mas nunca quiso ir a casa del embajador del emperador, ni hacía diligencia especial para buscar con que pudiese pasar; y tenía una gran certidumbre en su alma, que Dios le había de dar modo para ir a Jerusalén; y ésta le confirmaba tanto, que ningunas razones y miedos que le ponían le podían hacer dudar» (42).

La nave se partía el día en que él, por una grave enfermedad de calenturas, se había tomado una purga. «Preguntaron los de casa al médico si podría embarcarse para

Jerusalén, y el médico dijo que, para allá ser sepultado, bien se podría embarcar; mas él se embarcó y partió aquel día; y vomitó tanto, que se halló muy ligero y fue del todo comenzando a sanar. En esta nave se hacían algunas suculdades y torpezas manifiestas, las cuales él reprendía con severidad» (43).

El Provincial del convento de Jerusalén «le dice con buenas palabras cómo había sabido su buena intención de quedar en aquellos lugares santos; y que había pensado bien la cosa; y que, por la experiencia que tenía de otros, juzgaba que no convenía. Porque muchos habían tenido aquel deseo, y quién había sido preso, quién muerto; y que después la religión quedaba obligada a rescatar los presos; y por tanto él se apurase de ir el otro día con los pelegrinos. El respondió a esto, que él tenía este propósito muy firme, y que juzgaba por ninguna cosa dejarlo de poner en obra; dando honestamente a entender que, aunque al provincial no le pareciese, si no fuese cosa que le obligase a pecado, que él no dejaría su propósito por ningún temor. A esto dijo el provincial que ellos tenían autoridad de la Sede Apostólica para hacer ir de allí, o quedar allí, quien les pareciese... y queriéndole mostrar las bulas, él dijo que no era menester verlas... y que les obedecería» (46, 47).

«Le vino un grande deseo de tornar a visitar el monte Olivete... donde está una piedra, de la cual subió nuestro Señor a los cielos, y se ven aún agora las pisadas impresas. Y así, sin decir ninguna cosa ni tomar guía (porque los que van sin turco por guía corren gran peligro) se descabulló de los otros, y se fue solo al monte Olivete. Y no lo querían dejar entrar las guardas. Les dio un cuhillo de las escrivánias que llevaba; ... y después le vino deseo de ir a Betfage; y estando allí, se tornó a acordar que no había bien mirado en el monte Olivete a qué parte estaba el pie derecho, o a qué parte el izquierdo; y tornando allí creo que dio las tijeras a las guardas para que le dejasen entrar» (47).

«Partieron el otro día para Venecia... Había tres naves: una de turcos, otra era un navío muy pequeño, y la tercera una nave muy rica y poderosa de un hombre rico veneciano. Al patrón desta pidieron algunos peregrinos quisiese llevar al pelegrino; mas él, como supo que no tenía dineros, no quiso, aunque muchos se lo rogaron... Y el patrón respondió que, si era santo, que pasase como pasó Santiago, o una cosa símile... Estos mismos rogadores lo alcanzaron muy fácilmente del patrón del pequeño navío... A la tarde le vino una tempestad... El navío pequeño pasó mucho trabajo... Y esto en la fuerza del invierno; y hacía grandes fríos y nevaba; y el pelegrino no llevaba más ropa que unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos, y un jubón de tela negra, y abierta con muchas cuchilladas por las espaldas, y una ropilla corta de poco pelo» (49).

«Vuelto a Barcelona, comenzó a estudiar con mucha diligencia. Mas empediáale mucho una cosa, y era que, cuando comenzaba a decorar, le venían nuevas inteligencias de cosas espirituales y nuevos gustos; y esto con tanta manera, que no podía decorar... se fue junto al maestro y le dijo: Yo os prometo de nunca faltar de oiros estos

dos años, en cuanto en Barcelona hallare pan y agua con que me pueda mantener... Y, como hizo esta promesa con tanta eficacia, nunca más tuvo aquellas tentaciones» (54, 55).

«Acabados dos años de estudiar, en los cuales, según le decían, había harto aprovechado, le decía su maestro que ya podía oír artes, y que se fuese a Alcalá. Mas todavía él se hizo examinar de un doctor en teología, el cual le aconsejó lo mismo; y así se partió solo para Alcalá» (56).

«Llegado a Alcalá empezó a mendigar y vivir de limosnas... Y un día un clérigo y otros que estaban con él se empezaron a reír de él, y decirle algunas injurias, como se suele hacer a estos que, siendo sanos, mendican» (56).

«Como arriba está dicho, había grande rumor por toda aquella tierra de las cosas que se hacían en Alcalá, y quién hacía de una manera, y quién de otra. Y llegó la cosa hasta Toledo a los inquisidores... Y así empezaron a hacer pesquisa y proceso de su vida» (58).

«Nosotros queríamos saber si nos han hallado alguna heresia... «No, dice el vicario Figueroa, que si la hallaran, os quemaran... «También os quemarán a vos, dice el pelegrino, si os hallaran heresia» (59).

«Viene un día el alguacil a su puerta, y le llama y le dice: Venios un poco conmigo. Y, dejándole en la cárcel, le dice: No salgáis de aquí hasta que os sea ordenada otra cosa... No quiso tomar advogado ni procurador, aunque muchos se ofrecían... Aquel, por cuyo amor aquí entré, me sacará, si fuere servido de ello» (60).

«Pues como el preso vio lo que había dicho el vicario, le dijo: ¿Queréis que hable un poco más largo sobre esta materia?... Pues habéis de saber, dice el preso, que estas dos mujeres muchas veces me han instando para que querían ir por todo el mundo servir a los pobres por unos hospitales y por otros; y yo las he siempre desviado deste propósito, por ser la hija tan moza y tan vistosa, etc.; y les he dicho que, cuando quisiesen visitar a pobres, lo podían hacer en Alcalá, y ir acompañar el Santísimo Sacramento» (61).

«Confesábase en Salamanca con un fraile de Santo Domingo... y le dijo un día el confesor: Los padres de la casa os querían hablar... Después de comer, el superior comenzó a preguntar qué habían estudiado, y al darle cuenta de lo poco que había estudiado, dice el fraile: Vosotros no sois letrados y habláis de virtudes y de vicios; y desto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras; o por letras o por el Espíritu Santo. No por letras; luego por Espíritu Santo... Aquí estuvo el pelegrino un poco sobre sí, no le pareciendo bien aquella manera de argumentar; y, después de haber callado un poco, dijo que no era menester hablar más destas materias. Instando el fraile... el pelegrino dijo: Padre, yo no diré más de lo que he dicho, si no fuere delante de mis superiores, que me pueden obligar a ello» (65, 66).

«Al cabo de los tres días vino un notario y llevóles a la cárcel. Y no los pusieron con los malhechores en bajo, mas en un aposento alto, adonde, por ser cosa vieja y deshabitada, había mucha suciedad. Y pusieronlos en

trambos en una misma cadena, cada uno por su pie; y la cadena estaba apegada a un poste que estaba en medio de la casa, y sería larga de 10 ó 13 palmos; y cada vez que uno quería hacer alguna cosa, era menester que el otro le acompañase... Aquí también menos quiso tomar abogado ni procurador» (67).

«Les llamaron a oír la sentencia, la cual era que no se hallaba ningún error ni en vida ni en doctrina; y que así podrían hacer como antes hacían, enseñando la doctrina... con tanto que nunca difiniesen: esto es pecado mortal, o esto es pecado venial, si no fuese pasados cuatro años, que hubiesen más estudiado... El peregrino dijo que él haría todo lo que la sentencia mandaba, mas que no la aceptaría; pues, sin condenarle en cosa ninguna, le cerraban la boca para que no ayudase los prójimos en lo que pudiese» (70).

«Y llegado a Barcelona, todos los que le conocían le desuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían a los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor» (72).

«El español, en cuya compañía había estado al principio en París, y le había gastado los dineros —que le había dejado para que se los guardara— cayó malo en Ruán... Lo supo el peregrino y viniéronle deseos de irle a visitar y ayudar... para que, dexado el mundo, se entregase del todo al servicio de Dios. Y para conseguir esto, le venía el deseo de andar a pie, descalzo, sin comer ni beber, las 28 leguas que hay de París a Ruán. Y, haciendo oración sobre esto, sentía mucho miedo. Al final fue a Santo Domingo y allí se decidió a ir del odo dicho, habiéndole pasado el gran miedo que tenía de tentar a Dios... Al día siguiente, cuando se empezaba a vestir, le vino tanto temor que casi le parecía que no se podía vestir. A pesar de todo, con aquella repugnancia, salió de casa y dejó la ciudad antes de que aclarara el día. Siguió teniendo el mismo temor hasta que llegó a Argenteuil, que es un castillo... donde se dice que se guarda la vestidura de nuestro Señor. Tras pasar aquel castillo con tal esfuerzo espiritual, subió a un montículo y comenzó a desaparecerle aquel sentimiento, y sintió entonces una gran consolación y fortaleza espiritual con una alegría tan grande, que empezó a gritar por aquellas campiñas y a hablar con Dios, etc.» (79).

«Al volver de Ruán a París, el peregrino se encontró con que los acontecimientos de Castro y Peralta habían levantado muchos rumores contra él, y que el inquisidor lo había hecho llamar. Sin demora se presentó ante el inquisidor, diciéndole que sabía que lo buscaba y que estaba dispuesto a todo lo que se ofreciera... Quería que todos estos asuntos se arreglaran para poder concentrarse mejor en los estudios. El inquisidor no le volvió a molestar más; sólo le dijo que era verdad que le habían comentado algunas cosas sobre él, etc.» (81).

«Empezando a asistir a las lecciones del curso, le comenzaron a venir las mismas tentaciones que tuvo en Barcelona cuando estudiaba gramática: cada vez que escuchaba las lecciones no podía estar atento por las muchas cosas espirituales que entonces sentía. Y viendo que de este mo-

do no rendía nada, fue a ver al maestro y le prometió no faltar ni a una sola lección en todo el curso, mientras pudiese encontrar pan y agua para poder sustentarse. Después de hacer esta promesa, todas aquellas devociones que le venían a destiempo le desaparecieron, y fue progresando tranquilamente en sus estudios» (82).

«Se acercó un fraile que pidió al doctor Frago que encontraran una casa para él. La peste empezaba a extenderse por París... El doctor Frago y el peregrino quisieron ir a ver la casa del fraile y llevaron consigo a una mujer muy entendida en esto, la cual entrando en ella, confirmó que se trataba de la peste. El peregrino también quiso entrar y encontrando un enfermo, le consoló y le tocó la llaga con su mano; y después de haberlo consolado y animado un poco, se marchó solo. Entonces la mano le empezó a doler, de tal modo que le pareció que había contraído la peste; y era tan fuerte este temor que no lo podía vencer, hasta que con gran ímpetu se metió la mano en la boca, revolviéndola mucho y diciendo: Si tienes la peste en la mano, ahora la tendrás también en la boca. Y después de hacer esto, le desapareció la imaginación y el dolor de la mano» (83).

«En el año 35, cuando el peregrino estaba a punto de partir de París, se enteró de que le habían acusado ante el inquisidor y se había hecho proceso contra él. Oyendo esto y viendo que no le llamaban, se presentó ante él, le dijo lo que había oído y que estaba a punto de partir para España y que tenía compañeros. Que le pedía diera la sentencia... Y como el inquisidor se excusara, se presentó en su casa con un notario público y con testigos y tomó fe de todo ello» (86).

«Un poco antes de llegar a su tierra, viniendo de París, halló a aquellos que le salían al encuentro y le insistieron mucho a que fuera a casa de su hermano, pero no pudieron forzarlo. Se fue, pues, al hospital, y más tarde, a la hora conveniente, fue a pedir limosna por los alrededores» (87).

«Decidió enseñar cada día la doctrina cristiana a los niños; pero su hermano se opuso mucho a ello, diciéndole que no vendría ninguno. El le respondió que bastaría con uno. Pero cuando empezó a hacerlo, iban muchos continuamente a escucharle, incluso su hermano» (88).

«Y, aunque al principio se encontraba bien —en su tierra— después enfermó gravemente. Una vez sano, decidió partir para encargarse de los asuntos que los compañeros le habían encomendado, y partió sin dinero, lo cual enojó mucho a su hermano, avergonzándose de que quisiera marchar a pie. Al fin, por la tarde, el peregrino descendió en ser acompañado por su hermano y por sus parientes hasta el límite de la provincia, montado a caballo» (89). «En cuanto abandonó la provincia, se apeó del caballo, y sin coger nada, se dirigió a Pamplona...» (90).

«Y queriéndose embarcar para Génova, los devotos de Valencia le pidieron que no lo hiciese, porque le decían que Barba Roja estaba en el mar con muchas galeras, etc. Y aunque le advirtieron de muchas cosas, suficientes para infundirle miedo, nada logró hacerle dudar» (90).

«Al llegar a Génova tomó el camino que conducía a Bolonia, y en él padeció mucho, en especial una vez que

perdió el camino y comenzó a andar junto a un río, el cual corría abajo y el camino iba por lo alto e iba estrechándose, a medida que avanzaba por él; y de tal modo llegó a hacerse estrecho, que no podía seguir adelante ni volverse atrás. Entonces comenzó a andar a gatas, y recorrió un gran trecho con mucho miedo, porque cada vez que se movía temía caerse al río. Esta fue la fatiga y el trabajo corporal más grande que nunca haya padecido, mas al fin salió adelante. Justo al entrar en Bolonia, al pasar por un puentecillo de madera, se cayó puente abajo. Y al levantarse cubierto de barro y agua, hizo reír a muchos que se hallaban presentes. Entrando por fin en Bolonia, empezó a pedir limosna, mas no recogió ni un céntimo, aunque la recorrió toda entera» (91).

«A continuación Muidarra y Barreda empezaron a perseguir al peregrino y a sus compañeros, diciendo que eran fugitivos de España, de París y de Venecia. Al fin, en presencia del gobernador y del legado que entonces lo era de Roma, ambos confesaron que no tenían nada malo que decir de ellos, ni de sus costumbres ni de su doctrina. El legado mandó que se pusiera silencio en todo este asunto; pero el peregrino no lo aceptó, diciendo que quería se diese sentencia final... Después de algunos meses, el Papa regresó a Roma y el peregrino fue a hablar con él, le expuso sus argumentos, y el Papa se hizo cargo y ordenó que se diera sentencia, la cual fue a su favor» (98).

4. Estrategia: «experimental»

Es cierto que toda experiencia supone un hecho que ha sucedido; pero, en realidad, no todos los hechos sucedidos se convierten en una experiencia relevante para la persona: dicho de otro modo, no todos los hechos son significativos en la historia de cada cual. La estrategia «experimental» presupone la capacidad de asumir experimentalmente los hechos, integrarlos, vivirlos y sacar conclusiones de los mismos.

San Ignacio ha escogido, de entre otros muchos, aquellos que han sido significativos para sí mismo e indicadores históricos para la Compañía que entonces comenzaba. Escogimos una serie de frases que pueden constituir el guión interno de toda su autobiografía en el orden que él mismo la ha propuesto.

PAMPLONA (20-V-1521)

«Fue hombre dado a las vanidades del mundo y se de-

leitaba en ejercicio de armas con grande y vano deseo de ganar honra».

«El dio tantas razones al alcaide que le persuadió a defenderse», en el castillo de Pamplona.

«Le acertó a él una bombardita en la pierna».

LOYOLA (1521)

«Juzgaron los médicos que la pierna se debía otra vez desconcertar. Hizose de nuevo esta carnicería. Nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor, que apretar mucho los puños».

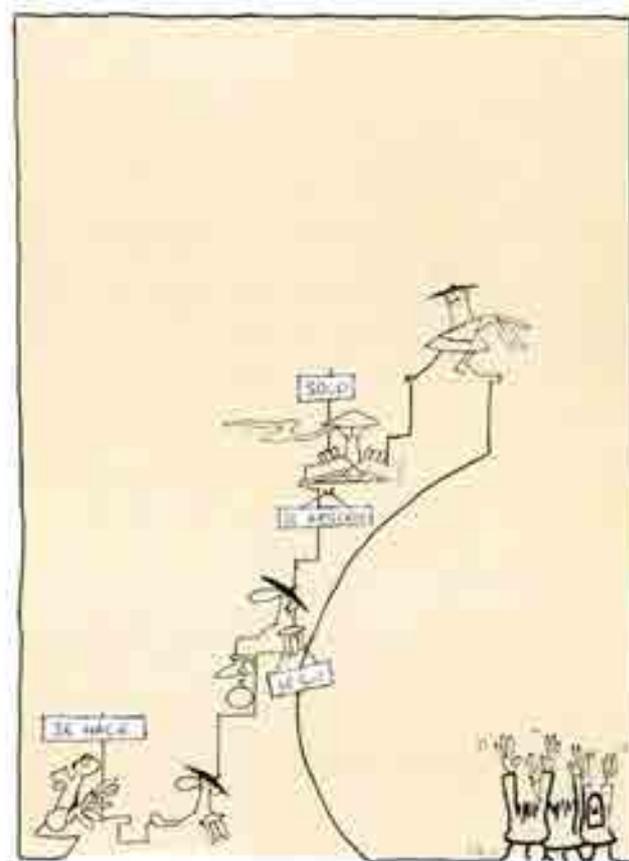
«Quedaba el hueso tan levantado, que era cosa fea. Y todavía decidió martirizarse por propio gusto... y se atendió a usar remedios para que la pierna no quedase tan corta».

«Mas en aquella casa no se halló ningún libro de los que leía y así le dieron un Vita Christi y un libro de la vida de los Santos en romance».

«Imaginaba lo que había de hacer en servicio de una señora».

«Leyendo la vida de nuestro Señor y de los Santos, se paraba a pensar: ¿Qué sería si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo?»

«Cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho, mas luego hallábase seco y descontento; cuando pensaba en ir a Jerusalén descalzo y en no comer sino hierbas y hacer los demás rigores de los santos, aun después de dejados esos pensamientos, quedaba contento y alegre».



«Y poco a poco vino a conocer la diversidad de espíritus que se agitaban: el uno del demonio, y el otro de Dios».

«Lo que deseaba hacer era la ida a Jerusalén, con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer».

«Estando una noche despierto, vio claramente una imagen de nuestra Señora con el Santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva».

«Y así se pone a escribir un libro, el cual tuvo cuasi 300 hojas todas escritas de cuarto: las palabras de Cristo de tinta colorada, y las de nuestra Señora de tinta azul».

«Ofrecíasele meterse en la Cartuja de Sevilla, mas luego resfriábasele el deseo, por las penitencias que deseaba hacer en el mundo».

SALIDA DE LOYOLA (1522)

«Dijo a su hermano: Señor, el duque de Nájera ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete... Sospechaba el hermano que él quería hacer alguna gran mutación... Mas la respuesta fue de manera que se descabulló del hermano».

«Y así, cabalgando en una mula, otro hermano suyo quiso ir con él hasta Oñate, al cual persuadió en el camino que quisiesen tener una vigilia en nuestra Señora de Aránzazu».

CAMINO DE MONSERRATE (1522)

«Así determinaba de hacer grandes penitencias, no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino agradar y aplacer a Dios».

«Pues yendo por su camino, le alcanzó un moro, caballero en un mulo; y vinieron a hablar en nuestra Señora... y el moro decía que, el parir, quedando virgen, no lo podía creer... Y así le venían deseos de ir a buscar al moro y darle de puñaladas por lo que había dicho... Mas quedó dubio y dejó la mula con la rienda suelta hasta el lugar donde se dividían los caminos, la cual tomó el camino real y dejó el de la villa que había seguido de el moro».

«Y fuese camino de Monserrate... y, como había leído en Amadís de Gaula, se determinó velar sus armas toda una noche... Despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido y se fue a hincar de rodillas delante del altar de nuestra Señora».

MANRESA (1522)

«Y en amaneciendo se partió a un pueblo que se dice Manresa, donde determinaba estar en un hospital algunos días, y también notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado, y con que iba muy consolado».

«Y él demandaba limosna en Manresa cada día. No comía carne ni bebía vino... se determinó dejar el cabello, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos».

«Empezó a tener grandes variedades en su alma, hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar... y otras veces viniéndole tanto al contrario de esto, que parecía habersele quitado la tristeza y la desolación, como quien quita una capa de los hombros a uno».

«Mas vino a tener muchos trabajos de escrúpulos... y le venían muchas veces tentaciones para echarse a un agujero grande que aquella su cámara tenía... Y determinó a no comer ni beber hasta que Dios le proveyese o que se viese ya del todo cercana la muerte... Iba pensando de pecado en pecado del tiempo pasado, pareciéndole que era obligado otra vez a confesallos... Y le vinieron entonces unos desgustos de la vida que hacía, con ímpetus de dejalla; y con esto quiso el Señor que se despertó como de un sueño... y así de aquel día adelante quedó libre de aquellos escrúpulos».

«Ultra de sus siete horas de oración se ocupaba en ayudar algunas ánimas».

«Y perseverando en la abstinencia de no comer carne... hasta que un día se determinó comerla».

«En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño».

«Un día se le empezó a elevar el entendimiento, como que veía a la Stma. Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer».

«Una vez se le representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había creado el mundo».

«Una vez que empezó a ser consolado de Dios y vio el fruto que hacía en las almas, dejó aquellos extremos que de antes tenía; ya se cortaba las uñas y los cabellos».

«Oyendo misa un día, y alzándose el Corpus Domini, vio con los ojos interiores como unos rayos blancos que venían de arriba... y cómo estaba en aquel santísimo sacramento Jesucristo nuestro Señor».

«Estando en oración, veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo... y a nuestra Señora también en símil forma».

«Se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de las cosas de fe y letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas».

«Estando enfermo en Manresa, llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte... Y en esto le venía un pensamiento de que era justo... Mas, aliviado de la fiebre, empezó a dar grandes gritos a unas señoras que, si lo viesen en punto de muerte, le gritasen a grandes voces, diciéndole pecador».

«Otra vez —en 1535— viniendo de Valencia para Italia por mar, se le quebró el timón a la nave... preparándose para morir no podía tener temor de sus pecados... mas grande confusión por no haber empleado bien los dones que Dios N.S. le había comunicado... Y —en el año 50— estuvo muy malo de una recia enfermedad... pero

he dicho, si no fuere delante de mis superiores, que me pueden obligar a ello».

«Pues quedaos aquí, que bien haremos con que lo digais todo... Los frailes hicieron cerrar todas las puertas, y negociaron, según parece, con los jueces... Comían en el refitorio con los frailes... Y cuasi siempre estaba llena su cámara de frailes, de modo que entre ellos había ya como división...»

«Al cabo de tres días vino un notario y llevólos a la cárcel... Y pusieronlos entrambos en una misma cadena, cada uno por su pie... y, cada vez que uno quería hacer una cosa, era menester que el otro le acompañase. Al otro día, como se supo en la ciudad de su prisión, le mandaron a la cárcel en qué durmiesen y todo el necesario abundantemente; y siempre venían muchos a visitalles, y el peregrino continuaba sus ejercicios de hablar de Dios».

«El bachiller Frías les vino a examinar a cada uno de por sí, y el peregrino le dio todos sus papeles, que eran los Ejercicios, para que le examinasen. Y trajeron a la cárcel a sus compañeros Cárcel y Artiaga... Y algunos días después fue llamado delante de cuatro jueces. Y le preguntaron muchas cosas, no sólo de los Ejercicios, mas de teología y de cánones y que declarase el primero mandamiento... y de cuándo un pecado es mortal y cuándo venial... Y al fin ellos, sin condenar nada, se partieron».

«Vino un día a hablalle a la cárcel D. Francisco de Mendoza, preguntándole familiarmente cómo se hallaba en la prisión... No hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca —dijo el pelegrino— que yo no desee más por amor de Dios».

«Acaesió en este tiempo que los presos de la cárcel huyeron todos, y los dos compañeros, que estaban con ellos, no huyeron... Y esto dio mucha edificación a todos; y así les dieron luego un palacio, que estaba allí junto, por prisión».

«Y a los 22 días que estaban presos les llamaron a oír la sentencia, la cual era que no se hallaba ningún error ni en vida ni en doctrina; y que así podrían hacer como antes hacían... con tanto que nunca defmiesen: esto es pecado mortal, esto venial... El pelegrino dijo que él haría todo lo que la sentencia mandaba, pero que no la aceptaría».

«Y hallaba dificultad grande de estar en Salamanca; porque para aprovechar las ánimas le parecía tener cerrada la puerta con esta prohibición de no defmir de pecado mortal y venial».

«Y así se determinó de ir a París a estudiar... Y concertóse con sus compañeros que ellos esperasen por allí, y que él iría para poder ver si podría hallar modo para que ellos pudiesen estudiar».

«Y se partió solo, llevando algunos libros en un asnillo».

«Llegado a Barcelona, le desuadieron la posada a Francia por las grandes guerras que había, hasta decirles que en asadores metían a los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor».

PARIS (1528-1535)

«Y así se partió para París, solo y a pie».

«Púsose en una casa con algunos españoles, y iba a estudiar humanidad en Montegudo... Y estudiaba con los niños, pasando por la orden y manera de París».

«Por una cédula de Barcelona le dio un mercader, luego que llegó a París, veinticinco escudos, y éstos dio a guardar a uno de los españoles de aquella posada, el cual en poco tiempo lo gastó... y fue costreñido a mendicar y aun dejar la casa en que estaba».

«Y fue recogido en el hospital de Saint Jacques... y tenía grande incomodidad para el estudio porque el hospital estaba del colesio de Montegudo un buen trecho... Y viendo que había algunos que sirvian en los colegios a algunos regentes y tenían tiempo de estudiar, se determinó de buscar un amo... y nunca fue posible que lo hallase».

«Un fraile español le dijo un día que sería mejor irse dos meses cada año a Flandes y, usando este consejo, traía cada año de Flandes con que en alguna manera pasaba; y una vez pasó también a Inglaterra y trujo más limosna de la que solía los otros años».

«Daba ejercicios a tres: a Peralta, al bachiller Castro y al viscaíno Amador. Estos hicieron grandes mutaciones y luego dieron todo lo que tenían a pobres y se fueron a posar al hospital. Hizo esto grande alboroto en la universidad... y se fueron un día con mano armada a sacarlos del hospital».

«Y el maestro de Govea, diciendo que había hecho loco a Amador, que estaba en su colesio, dijo que la primera vez que viniese a Santa Bárbara, le haría dar una sala, por seductor de los escolares».

«El español, a quien había dado los dineros, sin se los pagar, se partió para España y, estando en Ruán, cayó malo. Y estando así enfermo, viniéronle deseos de irle a visitar... pensando que le podría ganar para que, dexado el mundo, se entregase del todo al servicio de Dios... Al día siguiente, la mañana de partir le vino tanto temor que casi le parecía que no se podía vestir... Tras pasar el castillo de Argenteuil sintió una gran consolación y fortaleza espiritual, con una alegría tan grande, que empezó a gritar por aquellas campiñas y a hablar con Dios, etc... Durante tres días no comió ni bebió y anduvo siempre descalzo... En Ruán consoló al enfermo y le ayudó a embarcarse para España...»

«Al volver de Ruán a París, los acontecimientos de Castro y Peralta habían levantado muchos rumores y el inquisidor lo había hecho llamar. Sin demora se presentó ante él; pero el inquisidor no le volvió a molestar».

«Al cabo de poco tiempo llegó el día de San Remigio, que cae a comienzos de octubre, y asistió al Curso de Artes. Tenía el propósito de conservar aquellos que se había determinado de servir al Señor, pero sin seguir buscando más, a fin de poder dedicarse a los estudios con más concentración».

«Le volvieron las mismas tentaciones que tuvo en Barcelona cuando estudiaba gramática; no podía estar atento por las muchas cosas espirituales que sentía. Viendo que no rendía nada, fue a su maestro y prometió no faltar ni a una sola lección todo el curso... Todas aquellas devociones que le venían a destiempo, le desaparecieron».

«Por este tiempo conversaba con Maestro Fabro y con Maestro Francisco Javier, a los cuales ganó después para el servicio de Dios, gracias a los Ejercicios».

«Durante este tiempo del curso... el Doctor Frago le dijo que se sorprendía que estuviese tan tranquilo, sin que ninguno le molestara... La causa es porque no hablo a nadie de las cosas de Dios; pero, en cuanto termine el curso, tomaremos a lo acostumbrado».

Un día visitó con el Doctor Frago y una mujer muy entendida en esto la casa de un enfermo afectado por la peste... «El peregrino le tocó la llaga con su mano; y, después de haberlo consolado y animado un poco, se marchó solo. Entonces la mano le empezó a doler de tal modo que le pareció que había contraído la peste... Con gran ímpetu la metió en la boca: si tienes la peste en la mano, ahora la tendrás también en la boca. Y le desapareció la imaginación y el dolor de la mano».

«Es costumbre que aquellos que estudien Artes «tomen una piedra»; pero como cuesta un escudo, los que son muy pobres no lo pueden hacer... Aconsejado por el maestro, la tomó. No faltaron murmuradores, sobre todo un español que lo notó maliciosamente».

«Por entonces, en París, el peregrino ya se encontraba muy mal del estómago, de modo que cada quince días tenía fuertes dolores que le duraban más de una hora y le daban fiebre; en una ocasión, el dolor de estómago le llegó a durar 16 ó 17 horas... Los médicos dijeron que no quedaba otro remedio que el de intentar curarse con los aires natales; y los compañeros le aconsejaron lo mismo».

«Por este tiempo ya habían decidido lo que iban a hacer: ir a Venecia y a Jerusalén y allí gastar su vida en provecho de las almas; y, si no obtuvieran el permiso para permanecer en Jerusalén, volverían a Roma y se presentarían ante el Vicario de Cristo para que los emplease donde considerase que fuese mayor gloria de Dios y provecho de las almas».

«Cuando el peregrino estaba a punto de partir, se enteró de que le habían acusado ante el inquisidor... Se presentó ante él y le pedía le diera sentencia. El inquisidor le dijo que no veía cosa de importancia... alabó mucho sus Ejercicios... Pero el peregrino se presentó en su casa con un notario público y con testigos, y tomó fe de todo ello».

AZPEITIA (1535) - VALENCIA - BOLONIA - VENECIA

«Hecho todo esto, el peregrino montó en un caballo pequeño que los compañeros le habían comprado, y se dirigió sólo hacia su país, encontrándose ya mucho mejor por el camino».

«Enterado su hermano, envía servidores para buscarle; pero él se fue al hospital, y más tarde, a la hora conveniente, fue a pedir limosna por los alrededores».

«En este hospital empezó a hablar con muchos de las cosas de Dios... decidió enseñar a los niños la doctrina cristiana. Su hermano se opuso a ello, diciéndole que no vendría ninguno; pero luego vino también él mismo».

«Consiguió que se prohibiera eficazmente el juego... persuadió al gobernador a que hiciera una ley en la que se castigara a las mujeres que se cubrieran la cabeza por alguien que no fuera su marido... consiguió que los pobres fueran socorridos pública y ordinariamente... y que se tocaran las campanas tres veces al día para el Ave María».

«Enfermó gravemente. Una vez sano, decidió partir para encargarse de los asuntos de sus compañeros... se dirigió a Pamplona y de allí a Almazán, tierra del P. Laínez; Sigüenza y Toledo; y de Toledo a Valencia... donde embarcó en una gran nave y pasó una tempestad».

«De Génova tomó el camino que conducía a Bolonia... Una vez perdió el camino y comenzó a andar junto a un río, el cual corría abajo y el camino iba por lo alto e iba estrechándose, de tal modo que no podía seguir adelante ni volverse atrás. Entonces comenzó a andar a gatas, y recorrió un gran trecho con mucho miedo, porque cada vez que se movía temía caerse al río. Esta fue la fatiga y el trabajo corporal más grande que nunca haya padecido».

«Entrando en Bolonia, empezó a pedir limosna, mas no recogió ni un céntimo... Después partió para Venecia».

ITALIA (1536-1556)

«En Venecia se ejercitaba por aquel tiempo en dar los ejercicios y otras conversaciones espirituales... El bachiller Hoces también se decidió a hacerlos... y había llevado consigo ciertos libros, para recurrir a ellos en el caso de que lo quisiera engañar... Al final decidió seguir la vida del peregrino. Y este fue el primero en morir».

«En Venecia muchos decían que su estatua había sido quemada en España y en París... pero se dio sentencia a favor del peregrino».

«Los nueve compañeros llegaron a Venecia a principios del año 37. Se dividieron para servir en diversos hospitales. Dos o tres meses después fueron todos a Roma para recibir la bendición para pasar a Jerusalén. El peregrino no fue con ellos por causa del Doctor Ortiz y del nuevo cardenal teatino».

«Allá en Venecia se ordenaron de sacerdotes, los que no estaban ordenados (Ignacio, Bobadilla, Coduri, Francisco Javier, Laínez, Rodríguez y Salmerón), haciendo votos de castidad y pobreza».

«Viendo que se dispersaba la esperanza de pasar a Jerusalén, se dispersaron por el Véneto, esperando que se cumpliera un año que se habían puesto como plazo... y, si no hubiese pasaje, ir a Roma».

«Al peregrino le tocó ir con Fabro y con Laínez a Vicenza. Encontraron una casa fuera de la ciudad, que no tenía puertas ni ventanas, en la cual dormían sobre un poco de paja... buscaban limosna dos veces al día... comían algo de pan cocido... y así pasaron 40 días, no atendiendo a otra cosa que a la oración».

«Llegó el maestro Coduri y los cuatro comenzaron a predicar. Fueron los cuatro a diversas plazas y el mismo día y a la misma hora empezaron su predicación, gritando fuerte primero y llamando a la gente con el bonete... Levantaron mucho ruido en la ciudad y muchas personas se movieron a devoción».

có ir con Fabro y con Láinez a Vicenza... Encontraron una casa fuera de la ciudad que no tenía puertas ni ventanas, en la cual dormían sobre un poco de paja... Dos de ellos iban siempre a buscar limosna a la ciudad dos veces al día, y traían tan poca cosa que casi no se podían sustentar. Normalmente comían algo de pan cocido, cuando lo tenían; lo cocía aquel que se quedaba en casa» (94).

«Transcurridos los 40 días de oración, llegó el Maestro Coduri, y los cuatro decidieron comenzar a predicar. Fueron los cuatro a diversas plazas, y el mismo día y a la misma hora comenzaron su predicación, gritando fuerte primero y llamando a la gente con el bonete. Estas predicaciones levantaron mucho ruido en la ciudad y muchas personas se movieron a devoción...» (95).

«Encontrándose en Vicenza también supo que uno de los compañeros —Simón Rodríguez— que estaba en Basano había enfermado y que estaba a punto de morir; él se encontraba entonces también enfermo y con fiebre. A pesar de esto, emprendió el viaje, y andaba tan rápido que Fabro, su compañero, no le podía seguir. Al llegar a Basano, el enfermo se consoló y enseguida se curó. Después volvieron todos a Vicenza y allí estuvieron los diez juntos por algún tiempo» (95).

«Después de acabar el año y no encontrar pasaje para Jerusalén, decidieron ir a Roma... repartidos en tres o cuatro grupos. Al peregrino le tocó con Fabro y Láinez, y durante este viaje fue muy especialmente visitado por Dios» (96).

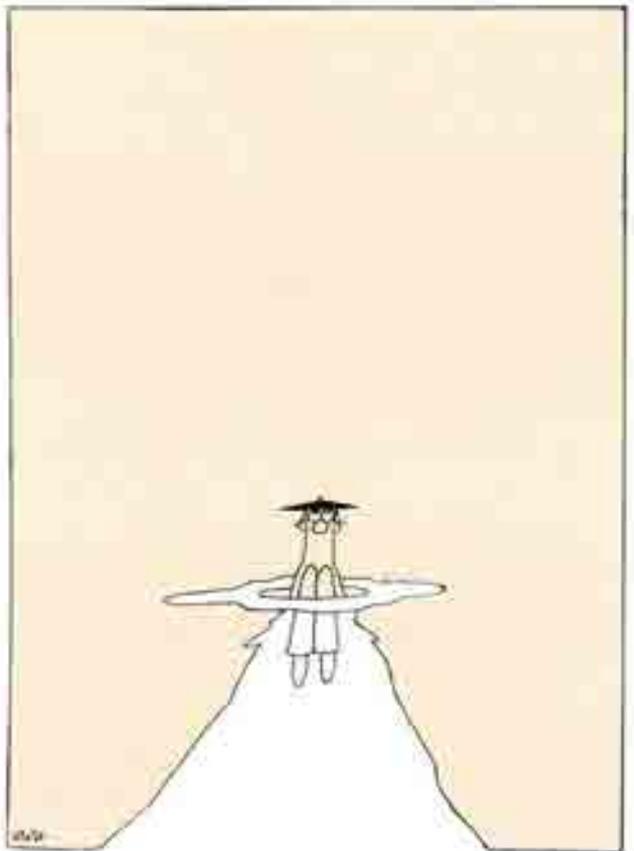
«En esta junta que aquí hicieron —observa el biógrafo compañero de Ignacio, padre Ribadeneira— acordaron que, pues la esperanza de ir a Jerusalén se les iba cada día acabando más, se repartiesen por las Universidades más insignes de Italia, donde estaba la flor de los buenos ingenios y de las letras, para ver si Dios nuestro Señor sería servido de despertar algunos mancebos hábiles de los muchos que en las Universidades se suelen criar, y traerlos al mismo instituto de vida, que ellos seguían en beneficio de sus prójimos. Y, con este fin, a la entrada del invierno repartieron entre sí las Universidades de Italia de esta manera: que los padres Ignacio, Fabro y Láinez vayan a Roma; Salmerón y Pascasio, a Sena; Francisco Javier y Bobadilla, a Bolonia; Claudio Jayo y Simón Rodríguez, a Ferrara; Juan Coduri y el nuevo compañero Hoces, a Padua».

«En esta empresa —sigue Ribadeneira— la manera de su gobierno era esta: a semanas tenía el cargo uno del otro, de manera que el que esta semana obedecía, mandaba la siguiente. Pedían por amor de Dios de puerta en puerta. Predicaban en las plazas públicas. Antes del sermón, el compañero súbdito traía de alguna tienda prestado un escaño, que servía de púlpito, y llamaba al pueblo a voces con el bonete menedéndole, para que viniesen a oír la palabra de Dios. No pedían en el sermón limosna, ni después de haber predicado la querían recibir de los oyentes, aunque de suyo se la ofreciesen. Y de aquel tan pequeño y débil principio vino a ser conocida nuestra Compañía y creció la fama de su nombre, y el fruto que hacía se extendió por toda Italia».

6. Estrategia: «habitación»

La estrategia de «habitación» tiene varios aspectos: el hecho repetitivo, perfeccionado continuamente, hasta que se logra un automatismo que te permite invertir poca atención refleja en hacerlo y poder dedicar ese tiempo a otras actividades más complejas; tal es el caso de un pianista que domina la digitación para dedicarse luego a otras particularidades más sublimes de la interpretación. Otro aspecto es la repetición sistemática del acto como una serie de operaciones vitales que aumentan tu calidad de vida; por ejemplo, el respirar no sólo se puede perfeccionar, sino que hay que hacerlo continuamente. Y un tercer aspecto: el hábito exterior, el vestido, la forma de comportarse, cuando esto es un reflejo de un sistema de vida interior.

De los tres aspectos tenemos ejemplos en estas frases escogidas en su autobiografía.



«Se deleitaba en ejercicio de armas» (1).
«Solía ser el dicho enfermo devoto de San Pedro» (3).
«Y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cosa fea; lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir el mundo...» (4).
«Era muy dado a leer libros mundanos y falsos» (5).
«El, no se curando de nada, perseveraba en su lección y buenos propósitos» (11).
«Y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia: las palabras de Cristo de tinta colorada; las de nuestra Señora, de tinta azul» (11).
«Y cobró los dineros... y dio parte a una imagen de nuestra Señora que estaba mal concertada, para que se concertase y ornase muy bien» (13).
«Toda su intención era de hacer estas grandes obras exteriores, porque así las habían hecho los Santos para gloria de Dios, sin mirar otra ninguna más particular circunstancia» (14).
«Y llegando a un pueblo grande antes de Monserrate, quiso allí comprar el vestido que determinaba de traer, con que había de ir a Jerusalén; y así compró tela, de la que suelen hacer sacos, de una que no es muy tejida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquella hacer veste larga hasta los pies, comprando un bordón y una calabacita, y púolo todo delante del arzón de la mula. Y compró también unas esparteñas, de las cuales no llevó más de una; y esto no por cerimonia, sino porque la una pierna llevaba toda ligada con una venda y algo maltratada; tanto que, aunque iba a caballo, cada noche la hallaba hinchada: este pie le pareció era necesario llevar calzado» (16).
«Despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido» (18).
«Desvióse a un pueblo, que se dice Manresa, donde determinaba estar en un hospital algunos días, y también notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado» (18).
«Demandaba limosna cada día. No comía carne ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y si le daban un poco vino, lo bebía. Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él lo tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa de noche ni de día. Y por la causa dejaba crecer las uñas de los pies y las manos, porque también en esto había sido curioso» (19).
«Entrando en una iglesia, en la cual oía cada día la misa mayor y las vísperas y completas, todo cantado... y ordinariamente leía a la Misa la Pasión, procediendo siempre en su igualdad» (20).
«Perseveraba siempre en sus sólitos confesiones y comuniones cada domingo» (21).
«La confesión general que había hecho en Monserrate había sido con asaz diligencia, y toda por escrito» (22).
«Estaba en una camarilla, que le habían dado los dominicos en su monasterio de Manresa, y perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a media noche continuamente, y en todos los ejercicios ya dichos» (23).
«Y toda la semana perseveró sin meter en la boca co-

sa ninguna, no dejando de hacer los sólitos ejercicios, aun de ir a los oficios divinos, y de hacer su oración de rodillas, aun a media noche, etc.» (25).

«Ultra de sus siete horas de oración, se ocupaba de ayudar a algunas almas, que allí se venían a buscar, en cosas espirituales, y todo lo demás del día que le vacaba, daba a pensar en cosas de Dios» (26).

«Y perseverando en la abstinencia de no comer carne, y estando firme en ella... un día a la mañana se le presentó delante carne para comer, y aunque se acordaba de su propósito de antes, se determinó que debía comer carne... y nunca pudo dudar de ello» (27).

«En la misma Manresa, después que comenzó a ser consolado de Dios y vio el fruto que hacía en las almas tratándolas, dejó aquellos extremos que antes tenía: ya se cortaba las uñas y los cabellos» (29).

«Quedó todavía muy debilitado. Y así por estas causas, como por ser el invierno muy frío, le hicieron que se vistiese y calzase y cubriese la cabeza; y así le hicieron tomar dos ropillas pardillas de paño muy grueso, y un bonete de lo mismo, como media gorra» (34).

«Y a este tiempo había muchos días que él era muy ávido de platicar cosas espirituales, y de hallar personas que fueran capaces dellas» (34).

«Estando todavía aún en Barcelona, antes que se embarcase, según su costumbre, buscaba todas las personas espirituales, aunque estuviesen en ermitas lejos de la cibdad, para tratar con ellas» (37).

«Manténase en Venecia mendicando, y dormía en la plaza de San Marcos» (42).

«Tenía el peregrino esta costumbre ya desde Manresa que, cuando comía con algunos, nunca hablaba en la tabla, si no fuese responder brevemente, mas estaba escuchando lo que se decía, y cogiendo algunas cosas, de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y, acabada la comida, lo hacía» (42).

«Dijo un español, noble, por nombre Diego Manes que, pues de ahí a poco habían de llegar al lugar de donde se podría ver la santa cibdad, que sería bueno todos se aparejasen en sus consciencias, y que fuesen en silencio... Y, pareciendo bien a todos, se empezó cada uno a recoger; y un poco antes de llegar al lugar donde se veía, se apearon, porque vieron los frailes con la cruz, que los estaban esperando» (45).

«El navío pequeño pasó mucho trabajo... Y esto en la fuerza del invierno; y hacía grandes fríos y nevaba; y el peregrino no llevaba más ropa que unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos, y un jubón de tela negra, abierto con muchas cuchilladas por las espaldas, y una ropilla corta de poco pelo» (49).

«Y estando un día en Ferrara en la iglesia principal, cumpliendo con sus devociones, un pobre le pidió limosna...» (50).

«En el camino de Ferrara a Génova, unos soldados le tomaron por espía... le desnudaron, y hasta los zapatos le escudriñaron, y todas las partes del cuerpo, a ver si llevaba alguna letra... Trataron dél para que viniese al capitán... Y diciendo él que le llevasen cubierto de su ropilla,

no quisieron dársela, y lleváronle así con los zaragüelles y jubón arriba dichos» (51).

«El tenía por costumbre de hablar, a cualquier persona que fuese, por Vos... Yendo así por las calles, le pasó por la fantasía que sería bueno dejar aquella costumbre y hablar por señoría al capitán, y esto con algunos temores de tormentos que podían dar, etc. Mas conoció que era tentación; pues así es, dice, yo no le hablaré de señoría, ni le haré reverencia, ni le quitaré la caperuza» (52).

«Yo os prometo —dice a su maestro— de nunca faltar de oiros en estos dos años, en cuanto en Barcelona hallare pan y agua con que me pueda mantener» (55).

«Y estando en Alcalá se ejercitaba en dar ejercicios espirituales, y en declarar la doctrina cristiana» (57).

«Y dejaron —en Alcalá— el proceso al Vicario Figueroa, el cual dijo que no se hallaba ningún error en su doctrina ni en su vida... mas no siendo ellos religiosos, no parecía bien andar todos de un hábito; que sería bien, y se lo mandaba, que los dos, mostrando el pelegrino y Artiaga, tiñesen sus ropas de negro; y los otros dos, Calisto y Cáceres, las tiñesen de leonado; y Juanico, que era manchado francés, podía quedar así» (58).

«Tienen sus vestes, como les es mandado, y de ahí a 15 ó 20 días le manda el Figueroa al peregrino que no ande descalzo, mas que se calce; y él lo hace así quietamente, como en todas las cosas de esa cualidad que le mandaban» (59).

«Cuando en Alcalá dieron sentencia que se vistiesen como estudiantes, dijo el peregrino: cuando nos mandastes teñir las vestes, lo habemos hecho; mas agora esto no lo podemos hacer, porque no tenemos con qué comprarlas. Y así el mismo Vicario les ha proveído de vestiduras y bonetes, y todo lo demás de estudiantes; y desta manera vestidos habían partido de Alcalá» (64).

«Antes de esto, había demostrado el superior de los dominicos en Salamanca por qué venía Calisto así vestido, el cual traía un sayo corto y un grande sombrero en la cabeza, y un bordón en la mano, y unos botines cuasi hasta media pierna; y, por ser muy grande, parecía más deforme. El peregrino le contó cómo había sido preso en Alcalá, y les había mandado vestir de estudiantes; y aquel su compañero, por las grandes calores, había dado su loba a un pobre clérigo» (66).

«Venido de Flandes la primera vez, empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales, y daba cuasi en un mismo tiempo ejercicios a tres...»

«Fue a ver al maestro —en París— y le prometió no faltar ni a una sola lección en todo el curso, mientras pudiese encontrar pan y agua para poder sustentarse» (82).

«El doctor Frago le dijo que se sorprendía de que estuviese tan tranquilo... La causa es porque no hablo a nadie de las cosas de Dios; pero, en cuanto termine el curso, tornaremos a lo acostumbrado» (82).

«En cuanto llegó —a Azpeitia— decidió enseñar cada día a los niños la doctrina cristiana. Además, predicaba también los domingos» (88).

«Entrando por fin en Bolonia, empezó a pedir limosna, mas no recogió ni un céntimo, aunque la recorrió toda

entera... Después partió para Venecia, siempre del mismo modo» (91).

«En Venecia se ejercitaba por aquel tiempo en dar los ejercicios y en otras conversaciones espirituales» (92).

«Los compañeros volvieron a Venecia del mismo modo que se habían marchado, es decir, a pie y mendigando, y distribuidos en tres grupos, de forma que siempre eran de distintas naciones» (93).

«Dos de ellos iban siempre a buscar limosna a la ciudad dos veces al día... Normalmente comían algo de pan cocido... Lo cocía aquel que se quedaba en casa» (94).

«Los cuatro comenzaron a predicar. Fueron los cuatro a diversas plazas, y el mismo día y a la misma hora empezaron su predicación, gritando fuerte primero y llamando a la gente con el bonete» (95).

«Al regresar a Roma se dedicó a ayudar a las almas y daba ejercicios espirituales a diferentes personas al mismo tiempo» (98).

«Me contestó que los Ejercicios no los había escrito todos de una vez, sino que, algunas cosas que observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que también podrían ser útiles a otros, y así las ponía por escrito; por ejemplo, aquello de examinar la conciencia con el sistema de líneas, etc.» (99).

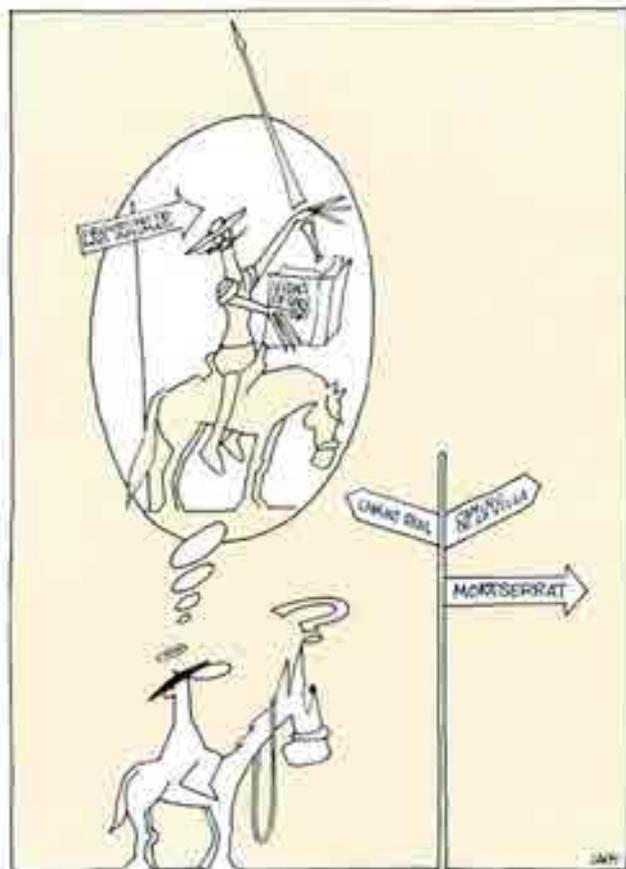
«El método que tenía para redactar las Constituciones era decir misa cada día, presentar a Dios el punto que trataba y hacer oración sobre ello. Y siempre hacía la oración y decía la misa con lágrimas» (101).

7. Estrategia: «imitación»

Todos llevamos dentro una serie de modelos, que hemos aprendido generalmente de lo que vemos, y que se adaptan a las capacidades y gustos de cada cual; pero a veces surge lo inesperado: una circunstancia especial nos hace cambiar de rumbo y, sin perder quizá del todo los modelos iniciales que ya teníamos asumidos, se cambia la dirección y se van asumiendo nuevas formas de conducta, dejando por el camino los trastos viejos.

La estrategia de «imitación» tiene un ejemplo notable en los hechos que San Ignacio describe desde el principio de su autobiografía andante y peregrina.

«Comentando la primera salida que de su tierra hizo Don Quijote, escribía Miguel de Unamuno: «No os recuerda esta salida la de aquel otro caballero de la milicia de Cristo, Ítigo de Loyola, que, después de haber procurado en sus mocedades "de aventajarse sobre todos sus iguales y de alcanzar fama de hombre valetoso, y honra



y gloria militar...” y habiendo sido, antes de convertirse, “muy curioso y amigo de leer libros profanos de caballerías”, cuando después de herido en Pamplona leyó la vida de Cristo y de los Santos, comenzó a “trocársele el corazón y a querer imitar y obrar lo que leía”. Y así, una mañana, sin hacer caso de los consejos de sus hermanos, “pusose en camino acompañado de sus criados” y emprendió su vida de aventuras en Cristo, poniendo en un principio “todo su cuidado y conato en hacer cosas grandes y muy dificultosas...”, y esto no por otra razón, sino porque los Santos que él había tomado por su dechado y ejemplo, habían echado por ese camino».

«E iba empeorando —después de la segunda operación de la pierna destrozada en la defensa del castillo de Pamplona— sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte... y así, recibiendo los Sacramentos, la víspera de San Pedro y San Pablo, dijeron los médicos que, si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de San Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma noche se comenzase a hallar mejor...» (3).

«... Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos de ellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron una Vita Christi y un libro de la vida de los Santos en romance» (5).

«... Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embe-

bido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio...» (6).

«Todavía nuestro Señor le socorría, haciendo que sucediesen a estos pensamientos otros, que nacían de las cosas que leía. Porque, leyendo la vida de nuestro Señor y de los Santos, se paraba a pensar, razonando consigo: “¿Qué sería, si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo?” Y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Mas todo su discurso era decir consigo: “Santo Domingo hizo esto: pues yo lo tengo de hacer”; “San Francisco hizo esto, pues yo lo tengo de hacer”» (7).

«Pues yendo por su camino, le alcanzó un moro, caballero en un mulo; y yendo hablando los dos, vinieron a hablar en nuestra Señora; y el moro decía que bien le parecía a él la Virgen haber concebido sin hombre; mas el parir quedando virgen no lo podía creer, dando para esto las causas naturales que a él se le ofrecían. La cual opinión, por muchas razones que le dio el peregrino, no pudo deshacer. Y así el moro se adelantó con tanta prisa, que le perdió de vista... Y así le venían deseos de ir a buscar al moro y darle de puñaladas por lo que había dicho; y perseverando mucho en el combate destos deseos, a la fin quedó dubio, sin saber lo que era obligado hacer...» (15). «Y no hallando cosa cierta a qué se determinase, se determinó en esto, scilicet, de dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta el lugar donde se dividían los caminos; y que, si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría el moro y le daría de puñaladas; y si no fuese hacia la villa, sino por el camino real, dejarlo quedar... La mula dejó el camino real y dejó el de la villa...» (16).

Siguiendo lo descrito en libros de Caballerías, Cervantes, 80 años después, presenta así al Quijote: «Llegó a un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cuál de ellos tomarían; y, por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín la suya...»

«Y fuese su camino de Montserrat, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula, y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquellas; y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante del altar de nuestra Señora de Montserrat, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo. Pues, partido de este lugar, fuese, según su costumbre, pensando en sus propósitos; y llegado a Montserrat, después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó con el confesor que man-

«Y fuese su camino de Monserrate, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios» (17).

«Estando en el hospital de Mauresa le acaeció muchas veces en día claro ver una cosa en el aire junto de sí, la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa en grande manera. No devisaba bien la especie de qué cosa era, mas en alguna manera le parecía que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que resplandecían como ojos, aunque no lo eran. El se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa; y, cuanto más veces la veía, tanto más crecía la consolación; y cuando aquella cosa le desaparecía, le desplacía dello» (19).

«Hasta este tiempo siempre había perseverado cuasi en un mismo estado interior con una igualdad grande de alegría, sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales. Aquestos días que duraba aquella visión, o algún poco antes que comenzase, le vino un pensamiento recio que le molestó, como que si le dijeran dentro del ánima: "¿Y cómo podrás tú sufrir esta vida 70 años que has de vivir?" Mas a esto le respondió también interiormente con grande fuerza, sintiendo que era el enemigo: ¡Oh, miserable! ¿Puedesme tú prometer una hora de vida? Y ansí venció la tentación y quedó quieto» (20).

«Y fue esto entrando en una iglesia, en la cual oía cada día la misa mayor y las vísperas y completas, todo cantado, sintiendo en ello grande consolación» (20).

Escribe en su Memorial el P. Cámara: «Una cosa de la que mucho se ayudaba para la oración era la música y canto de las cosas divinas, como son Vísperas, Misas y otras semejantes; tanto que, como él mismo me confesó, si acertaba a entrar en alguna iglesia cuando se celebraban estos oficios cantados, luego parecía que totalmente se enajenaba de sí. Y esto no solamente era de provecho para su alma sino también para la salud de su cuerpo; y así cuando no la tenía o estaba en gran manera molestado, nada le aliviaba tanto como oír cantar alguna devota canción a cualquier Hermano. Y me maravillo no poco que, no obstante saber esto las personas que con él estaban, nunca se buscó un Hermano ni alumno del Colegio Germánico, donde había muchos y buenos cantores, que le proporcionasen este alivio. Lo más que en este particular vi todo el tiempo que estuve en Roma, fue llamar del Colegio Germánico al P. Frusio, cuando nuestro Padre estaba muy molestado en cama, a fin de que le tocase un clavicordio, sin cantar, porque aun esto le ayudaba, y a un Coadjutor temporal, muy sencillo y virtuoso, que cantaba muchas prosas devotas tan en el tono y voz con que los ciegos las cantan, que parecía haber sido toda la vida un lazarillo».

«Mas luego después de la susodicha tentación empezó a tener grandes variedades en su alma, hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar, ni en el oír la misa, ni en otra oración ninguna que hiciese; y otras veces viniéndole tanto al contrario desto, y tan subitamente, que parecía habérselo quitado la tristeza y desolación, como quien quita una capa de los hombros a uno. Y aquí se empezó a espantar destas variedades, que nun-

ca antes había probado, y a decir consigo: «¿Qué nueva vida es esta, que agora comenzamos?» (21).

«Mas en esto vino a tener muchos trabajos de escrúpulos. Porque, aunque la confesión general, que había hecho en Monserrate, había sido con asaz diligencia, y toda por escrito, como está dicho, todavía le parecía a las veces que algunas cosas no había confesado, y esto le daba mucha aflicción; porque, aunque confesaba aquello, no quedaba satisfecho... y aunque casi conocía que aquellos escrúpulos le hacían mucho daño, que sería bueno quitar-se dellos, mas no lo podía acabar consigo» (22).

«Perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a media noche continuamente, y en todos los demás ejercicios ya dichos; mas en todos ellos no hallaba ningún remedio para sus escrúpulos, siendo pasados muchos meses que le atormentaban; y una vez, de muy atribulado dellos, se puso en oración, con el fervor de la cual comenzó a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo: Socórteme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, donde lo hallo; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré» (23).

«Venido el otro domingo, que era menester ir a confesarse, como a su confesor solía decir lo que hacía muy menudamente, le dijo también cómo en aquellas semanas no había comido nada. El confesor le mandó que rompiese aquella abstinencia; y, aunque él se hallaba con fuerzas, todavía obedeció al confesor, y se haltó aquel día y el otro libre de escrúpulos; mas el tercero día, que era el martes, estando en oración, se comenzó acordar de los pecados; y así como una cosa que se iba enhilando, iba pensando de pecado en pecado del tiempo pasado, pareciéndole que era obligado otra vez confesallos. Mas en la fin destes pensamientos le vinieron unos desgustos de la vida que hacía, con algunos ímpetus de dejalla; y con esto quiso el Señor que despertó como de sueño. Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las liciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido, y así se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas; y así de aquel día adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por su misericordia» (25).

«Ultra de sus siete horas de oración, se ocupaba en ayudar algunas almas, que allí le venían a buscar, en cosas espirituales, y todo lo más del día que le vacaba, daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído. Mas cuando se iba a acostar, muchas veces le venían grandes noticias, grandes consolaciones espirituales, de modo que le hacían perder mucho del tiempo que él tenía destinado para dormir, que no era mucho; y mirando él algunas veces por esto, vino a pensar consigo que tenía tanto tiempo determinado para tratar con Dios, y después todo el resto del día; y por aquí empezó a dudar si venían de buen espíritu aquellas noticias, y vino a concluir consigo que era mejor dejallas, y dormir el tiempo destinado, y lo hizo así» (26).

«Y perseverando en la experiencia de no comer carne, y estando firme en ella, que por ningún modo pensaba mudarse, un día a la mañana, cuando fue levantado, se le representó delante carne para comer, como que la viese con ojos corporales, sin haber precedido ningún deseo della; y le vino también juntamente un grande asenso de la voluntad para que de allí adelante la comiese; y aunque se acordase de su propósito de antes, no podía dudar en ello, sino determinarse que debía comer carne. Y contándole después a su confesor, el confesor le decía que mirase por ventura si aquello era tentación; mas él, examinándolo bien, nunca pudo dudar de ello» (27).

«Estando un día rezando en las gradas del mismo monasterio las Horas de nuestra Señora, se le empezó a elevar el entendimiento, como que vía la santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer. Y yendo aquella mañana en una procesión que de allí salía, nunca pudo retener las lágrimas hasta el comer; ni después de comer podía dejar de hablar sino en la santísima Trinidad; y esto con muchas comparaciones y muy diversas, y con mucho gozo y consolación; de modo que toda su vida le ha quedado esta impresión de sentir grande devoción haciendo oración a la santísima Trinidad» (28).

«Una vez se le representó en el entendimiento con grande alegría espiritual el modo con que Dios había creado el mundo, que le parecería ver una cosa blanca, de la cual salían algunos rayos, y que de ella hacía Dios humbre» (29).

«Oyendo un día misa, y alzándose el Corpus Domini, vio con los ojos interiores como unos rayos blancos que venían de arriba; y aunque esto después de tanto tiempo no lo puede bien explicar, todavía lo que él vio con el entendimiento fue ver cómo estaba en aquel santísimo sacramento Jesucristo nuestro Señor» (29).

«Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo, y la figura, que le parecía que era como un cuerpo blanco, no muy grande ni muy pequeño, mas no veía ninguna distinción de sus miembros... A nuestra Señora también ha visto en símil forma, sin distinguir las partes. Estas cosas que ha visto le confirmaron entonces, y le dieron tanta confirmación siempre de la fe, que muchas veces ha pensado consigo: si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto» (29).

«Una vez iba por su devoción a una iglesia, que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama San Pablo y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y, estando allí sentado, se le empezaron abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida... coligien-

do todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola. Y esto fue en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes» (30).

«Y después que esto duró un buen rato, se fue a hincar de rodillas a una cruz, que estaba allí cerca, a dar gracias a Dios, y allí le apareció aquella visión que muchas veces le aparecía y nunca la había conocido, es a saber, aquella cosa que arriba se dijo, que le parecía muy hermosa, con muchos ojos (cfr. n. 19). Mas, bien vio, estando delante de la cruz, que no tenía aquella cosa tan hermoso color como solía; y tuvo un muy claro conocimiento, con grande asenso de la voluntad, que aquel era el demonio; y así después muchas veces por mucho tiempo le solía aparecer, y él a modo de menosprecio lo desechaba con un bordon que solía traer en la mano» (31).

«Otra vez, en el año 50, estuvo muy malo de una muy recia enfermedad que, a juicio suyo y aun de muchos, se tenía por la última. En este tiempo pensando en la muerte tenía tanta alegría y tanta consolación espiritual en haber de morir, que se derritía todo en lágrimas; y esto vino a ser tan continuo, que muchas veces dejaba de pensar en la muerte, por no tener tanto de aquella consolación» (33).

«Después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviere en Jerusalén, siempre vino consigo pensando qué haría, y al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona» (50).

«Mas empedúle mucho una cosa, y era que, cuando comenzaba a decorar —aprender de memoria o de coro—, como es necesario en los principios de gramática, le venían nuevas inteligencias de cosas espirituales y nuevos gustos, y esto con tanta manera que no podía decorar, ni por mucho que repugnase las podía echar (54). Y así, pensando muchas veces sobre esto, decía consigo: ni cuando me pongo yo en oración y estoy en la misa no me vienen estas inteligencias tan vivas; y así poco a poco vino a conocer que aquello era tentación» (55).

«Empezando a asistir a las lecciones del curso en París, le comenzaron a venir las mismas tentaciones que tuvo en Barcelona cuando estudiaba gramática: cada vez que escuchaba las lecciones no podía estar atento por las muchas cosas espirituales que entonces sentía... Fue a ver al maestro y le prometió no faltar ni a una sola lección en todo el curso... y todas aquellas devociones que le venían a destiempo le desaparecieron, y fue progresando tranquilamente en sus estudios» (82).

«Durante aquel tiempo que estuvo en Vicenza, tuvo muchas visiones espirituales y muchas casi ordinarias consolaciones, lo contrario de cuando estuvo en París; sobre todo cuando comenzó a prepararse para el sacerdocio en Venecia y para decir misa. Durante todos aquellos viajes tuvo grandes visitaciones espirituales, como aquellas que había tenido estando en Manresa» (95).

«Estando un día en una iglesia haciendo oración algunas millas antes de llegar a Roma, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre lo ponía

con Cristo, su Hijo, que no se atrevía a dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo» (96).

«Le pregunté yo al peagrino —Ignacio— sobre los Ejercicios y Constituciones... Me contestó que los Ejercicios los había escritos todos de una vez, sino que, algunas cosas que observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que también podrían ser útiles a otros, y así las ponía por escrito; por ejemplo, aquello de examinar la conciencia con el sistema de las líneas, etc. En particular, las elecciones me dijo que las había sacado de aquella variedad de espíritu y pensamientos que había experimentado en Loyola, cuando todavía estaba mal de la pierna» (99).

«Cuando celebraba Misa tenía también muchas visiones y lo mismo le sucedía muy a menudo cuando redactaba las Constituciones; y ahora lo puede afirmar más fácilmente porque cada día anotaba lo que pasaba por su alma y ahora lo encontraba escrito. Y me mostró un fajo muy grande de papeles escritos, de los que me leyó una buena parte...» (100).

9. Estrategia: «moralización»

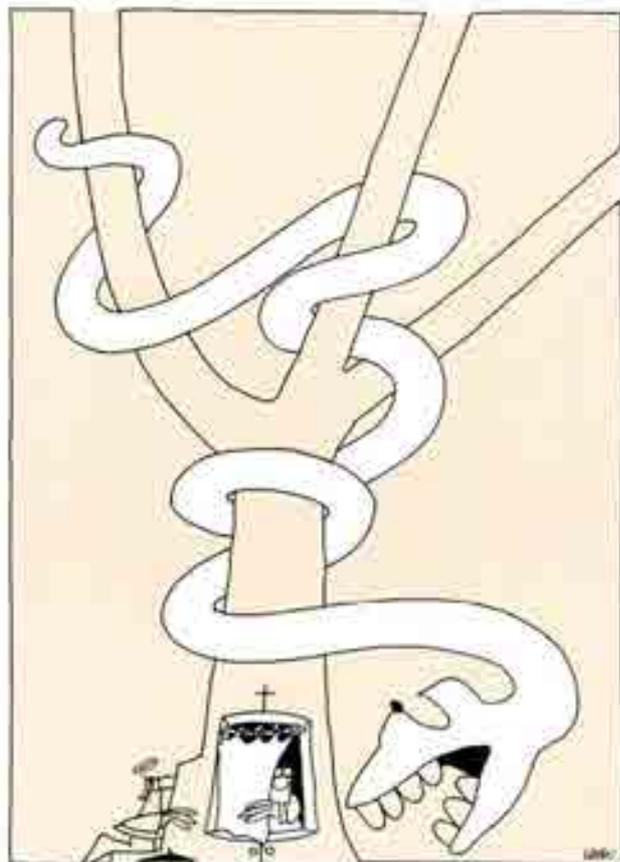
La estrategia de «moralización» juega con una serie de palabras-clave: sentido del deber, autoridad, conciencia, tener alta la moral y empuje, arrepentirse de algo, análisis de la propia conducta, sentido de la ofensa y del perdón, la ley, las obligaciones, las normas, la ética personal.

Desde el primer episodio de «conhortar con su ánimo y esfuerzo» a la defensa del castillo hasta su descripción final «de haber hecho muchas ofensas a nuestro Señor después que había empezado a servirle, pero nunca haber consentido en pecado mortal», la autobiografía abunda en connotaciones morales de diversos signos.

«Y así, estando en una fortaleza que los franceses combatían, y siendo todos de parecer que se diesen, por ver claramente que no se podían defender, el dio tantas razones al alcaide, que todavía lo persuadió a defenderse, aunque con parecer de todos los caballeros, los cuales se conhortaban con su ánimo y esfuerzo» (1).

«Tenía tanto aborrecimiento a los pecados pasados, y el deseo tan vivo de hacer cosas grandes por amor de Dios que, sin hacer juicios que sus pecados eran perdonados, todavía en las penitencias que emprendía a hacer no se acordaba mucho de ellos» (14).

«Llegado a Monserrate, después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días» (17).



«Mas en esto vino a tener muchos trabajos de escrúpulos. Porque, aunque la confesión general, que había hecho en Monserrate, había sido con asaz diligencia, y toda por escrito, como está dicho, todavía le parecía a las veces que algunas cosas no había confesado y esto le daba mucha aflicción; porque, aunque confesaba aquello, no quedaba satisfecho... Pensaba algunas veces que le sería remedio mandarle su confesor en nombre de Jesucristo que no confesase ninguna de las cosas pasadas, y así deseaba que el confesor se lo mandase, mas no tenía osadía para decirse al confesor» (22).

«Mas, sin que él se lo dijese, el confesor vino a mandarle que no confesase ninguna cosa de las pasadas, si no fuese alguna cosa tan clara. Mas, como él tenía todas aquellas cosas por muy claras, no aprovechaba nada este mandamiento, y así siempre quedaba con trabajo» (23).

«Le dijo a su confesor cómo en aquella semana no había comido nada. El confesor le mandó que rompiese aquella abstinencia; y, aunque él se hallaba con fuerzas, todavía obedeció al confesor, y se halló aquel día y el otro libre de escrúpulos (24)... Aunque los escrúpulos le volvieron y no se le fueron del todo hasta que se dio cuenta, por discreción de espíritus, que los escrúpulos le llevaban a cambiar de la vida que hacía. Sólo entonces desaparecieron» (25).

«Se determinó a que debía comer carne. Y contándolo después a su confesor, el confesor le decía que mirase si era aquello tentación; mas él, examinándolo bien, nunca pudo dudar de ello» (27).

«Estando enfermo una vez en Marresa, llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte, que claramente juzgaba que el ánima se le había de salir luego. Y en esto le venía un pensamiento que le decía que era justo, con el cual tomaba tanto trabajo, que no hacía sino repugnarle y poner sus pecados delante; y con este pensamiento tenía más trabajo que con la misma fiebre... Aliviado un poco de la fiebre, empezó a dar grandes gritos a unas señoras que eran allí venidas para visitarle, que por amor de Dios, cuando otra vez le viesen en punto de muerte, que le gritasen a grandes voces, diciéndole pecador, y que se acordase de las ofensas que había hecho a Dios» (32).

«Veniendo de Valencia para Italia por mar con mucha tempestad, se le quebró el timón a la nave, y la cosa vino a términos que, a su juicio y de muchos que venían en la nave, naturalmente no se podría huir de la muerte. En este tiempo, examinándose bien, y preparándose para morir, no podía tener temor de sus pecados, ni de ser condenado; mas tenía grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dones y gracias que Dios N.S. le había comunicado» (33).

Le obligaban a llevar en la nave que iba a Jerusalén un biscocho para mantenerse; pero le vinieron grandes escrúpulos que eso sería falta de confianza en Dios. «Y, al fin, no sabiendo qué hacerse, porque de entrambas partes veía razones probables, se determinó de ponerse en manos de su confesor, que resolvió pidiese lo necesario y lo llevase consigo» (36).

El Provincial de la Orden que había en Jerusalén le dijo que no podía quedarse allí. El peregrino le respondió que tenía propósito muy firme de quedarse, «dándole a entender que, aunque al provincial no le pareciese, si no fuese cosa que le obligase a pecado, que él no dejaría su propósito por ningún temor. A esto le dijo el provincial que ellos tenían autoridad de la Sede Apostólica para hacer ir de allí, o quedar allí, quien les pareciese, y para poder descomulgar a quien no les quisiese obedecer, y que en este caso ellos juzgaban que él no debía quedar, etc. (46)... Y queriéndole demostrar las bulas, por las cuales le podían descomulgar, él dijo que no era menester verlas; que él creía a sus Reverencias; y pues así juzgaban con la autoridad que tenían, que él les obedecería» (47).

Estando en Alcalá, empezaron luego a hacer pesquisa y proceso de su vida y de sus compañeros por parte de los inquisidores de Toledo. «El Vicario Figueroa les dijo que no se hallaba ningún error en su doctrina ni en su vida... Mas no siendo ellos religiosos, no parecía bien andar todos de un hábito... (58)... El peregrino dice que harán lo que les es mandado. Mas no sé, dice, qué provecho hacen estas inquisiciones... Nosotros queremos saber si nos han hallado alguna heresia... No, dice Figueroa, que si la hallaran, os quemaran... Tienen sus vestes como les es mandado, y de ahí a 15 ó 20 días le manda el Figueroa al peregrino que no ande descalzo, mas que se calce; y él lo hace así quietamente, como en todas las cosas de esa cualidad que le mandaban» (59).

«Partióse de Alcalá, y halló el Arzobispo de Toledo, Fonseca, en Valladolid y contándole la cosa que pensaba

fielmente—que, según sentencia de Alcalá era libre y se vistiese como los demás estudiantes y que no hablase de cosas de la fe dentro de 4 años queoviesen más estudiado, pues que no sabían letras y que, con esta sentencia le tapaban la puerta para ayudar a las ánimas— le dijo que, aunque no estaba ya en su jurisdicción, ni era obligado a guardar la sentencia, todavía haría en ello lo que ordenase (hablándole de vos, como solía a todos)» (63).

Llevado en Salamanca a declarar ante el superior de San Esteban, éste, después de interrogarle, le dijo: «Vosotros no sois letrados y habláis de virtudes y vicios; y desto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras o por el Espíritu Santo. No por letras; luego por Espíritu Santo... Aquí estuvo el peregrino un poco sobre sí, no le pareciendo bien aquella manera de argumentar; y, después de haber callado un poco, dijo que no era menester hablar más de estas materias. Instando el fraile: pues ahora que hay tantos errores de Erasmo y de tantos otros, que han engañado al mundo, ¿no queréis declarar lo que decís? (65)... El peregrino dijo: Padre, yo no diré más de lo que he dicho, si no fuese delante de mis superiores, que me pueden obligar a ello» (66).

Estando presos en el convento de San Esteban de Salamanca, «acaesció que los presos de la cárcel huyeron todos, y los dos compañeros, que estaban con ellos, no huyeron. Y cuando en la mañana fueron hallados con las puertas abiertas, y ellos solos sin ninguno, dio esto mucha edificación a todos, y hizo mucho rumor por la ciudad; y así les dieron todo un palacio, que estaba allí junto, por prisión» (69).

«Y a los 22 días que estaban presos les llamaron a oír la sentencia, la cual era que no se hallaba ningún error ni en vida ni en doctrina; y que así podrían hacer como antes hacían, enseñando la doctrina y hablando de cosas de Dios, con tanto que nunca difiniesen: esto es pecado mortal, o esto es pecado venial, si no fuese pasados 4 años, que hubiesen más estudiado... El peregrino dijo que él haría todo lo que la sentencia mandaba, mas que no la aceptaría; pues, sin condenarle en cosa ninguna, le cerraban la boca para que no ayudase a los prójimos en lo que pudiese. Y por mucho que instó el doctor Frías, que se demostraba muy afectado, el peregrino no dijo más, sino que, en cuanto estuviese en la jurisdicción de Salamanca, haría lo que se le mandaba» (70).

«Al volver de Ruán a París, el peregrino se encontró con que los acontecimientos de Castro y de Peralta habían levantado muchos rumores contra él, y que el inquisidor lo había hecho llamar. Sin demora se presentó ante el inquisidor, diciéndole que sabía que lo buscaba y que estaba dispuesto a todo lo que se le ofreciera... El inquisidor no le volvió a molestar más; sólo le dijo que era verdad que le habían comentado algunas cosas sobre él, etc.» (81).

«En París es costumbre que aquellos que estudian Artes, el tercer año, para hacerse bachilleres, "tomen una piedra", como se dice allí; pero, como esto cuesta un escudo, los que son muy pobres no lo pueden hacer... Y como se encontraba con muchas dudas, y sin resolverse, determinó poner este asunto en manos de un maestro, el cual le aconsejó que la tomase, y la tomó» (84).

«Cuando el peregrino estaba a punto de partir de París para su tierra natal, se enteró de que le habían acusado ante el inquisidor. Oyendo esto y viendo que no le llamaban, se presentó ante él y le pedía que diera sentencia... Y como el inquisidor se excusara, se presentó en su casa con un notario público y con testigos, y tomó fe de todo ello» (86).

Cuando llegó de París a su tierra natal, «predicaba los domingos y días festivos... y se esforzó por acabar con algunos abusos, y con la ayuda de Dios se puso orden en alguno; por ejemplo, consiguió que se prohibiera eficazmente el juego, persuadiendo al que administraba la justicia. Había allí otro abuso: en aquel país es costumbre que las muchachas vayan siempre con la cabeza descubierta y que no se la cubran hasta que se casen; pero hay muchas que se hacen concubinas de los sacerdotes y de otros hombres y les son fieles como si fuesen sus mujeres. Y esto es tan frecuente, que las concubinas no tienen vergüenza en decir que se han cubierto la cabeza por alguno; y por tales son conocidas» (88).

«Esta costumbre hace mucho daño. El peregrino persuadió al gobernador a que hiciera una ley, según la cual, todas aquellas que se cubrieran la cabeza por alguien que no fuese su marido, fueran castigadas por la justicia; y de este modo comenzó a desaparecer el abuso. Consiguió también que los pobres fuesen socorridos pública y ordinariamente. Y que se tocaran las campanas tres veces al día para el Ave María, a fin de que el pueblo pudiera rezar como se hacía en Roma» (89).

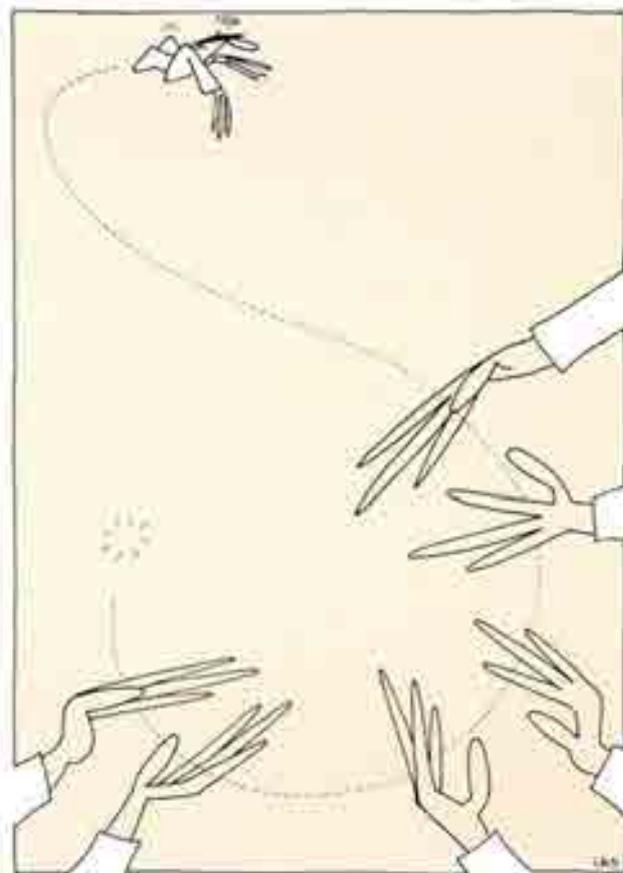
«El mismo día, antes de cenar, me llamó con un aspecto de persona que estaba más recogida de lo ordinario, y me hizo una especie de confesión, que en resumen era manifestar la intención y sencillez con que había narrado estas cosas, asegurando que no había contado nada de más, y que había hecho muchas ofensas a nuestro Señor después que había empezado a servirle, pero que nunca había consentido en pecado mortal; es más, siempre creciendo en devoción, es decir, en facilidad de hallar a Dios, y ahora más que nunca en toda su vida, y siempre y a cualquier hora que quería hallar a Dios, lo hallaba» (99).

10. Estrategia: «política»

Si la política se redujera al significado común del arte de lo posible en cada momento, no valdría demasiado la definición o nos quedaría un tanto corta. Más bien, en este caso que nos ocupa, parece algo así como el arte de lo imposible: llegar a lo que parece inalcanzable. Y esto con buenos modos, que es una descripción más coherente

con lo que estrategia «política» significa en el desarrollo humano: el saber hacer y estar, sin perder de vista lo que es bueno conseguir para provecho de todos.

Desde conseguir que «el maestro de la nave le llevase de valde» hasta habérselas con el capitán «que le tomó por espía», liberarse en París del «castigo de una sala» o «escuchar mientras comía, para tomar ocasión de hablar cosas de Dios al final de la comida».



«Y empezando a negociar la embarcación que iba a Jerusalén, alcanzó del maestro de la nave que le llevase de valde, pues que no tenía dineros...» (36).

Pidiendo a una señora ayuda para ir a Jerusalén en la nave, ella le dijo a dónde quería ir. «El estuvo dudando un poco si se lo diría; y al fin no se atrevió a decirle más, sino que venía a Italia y a Roma... Y la causa por que él no osó decir que iba a Jerusalén fue por temor a la vanagloria; el cual temor tanto le affligía, que nunca osaba decir de qué tierra ni de qué casa era» (36).

«Llega a la puerta de Padua y entra, sin que las guardas le demanden nada; y lo mismo le acaeció a la salida; de lo cual se espantaron mucho sus compañeros, que venían de tomar cédula para ir a Venecia, de la cual él no se curó» (41).

«Estando en Venecia... un hombre rico español lo llevó a comer a casa... Tenía el peregrino esta costumbre que, cuando comía con algunos, nunca hablaba en la tabla, si no fuese responder brevemente, mas estaba escuchando lo que se decía, y cogiendo algunas cosas, de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y, acabada la comida, lo hacía» (42).

«Y esta fue la causa por que el hombre de bien —el rico español— con toda su casa tanto se aficionase a él, que le quisieron tener, y esforzaron a estar en ella; y el mismo huésped lo llevó al Duque de Venecia para que le hablase, esto es, le hizo dar entrada y audiencia. El Duque, como oyó al peregrino, mandó que le diesen embarcación en la nave de los gobernadores que iban a Cipro...» (43).

«Su firme propósito era quedarse en Jerusalén... y para este efecto traía cartas de encomienda para el guardián y le dijo su intención de quedar allí por su devoción; mas no la segunda parte, de querer aprovechar las ánimas, porque esto a ninguno lo decía» (45).

«Y así, sin decir ninguna cosa ni tomar guía (porque los que van sin Turco por guía corren grande peligro) se descabulló de los otros, y se fue solo al monte Olivete. Y no lo querían dejar entrar los guardas. Les dio un cuchillo de las escribanías que llevaba... y luego se tornó a acordar que no había bien mirado en el monte Olivete a qué parte estaba el pie derecho, o a qué parte el izquierdo; y, tornando allá, creo que dio las tijeras a los guardas para que le dejaran entrar» (47).

Cuando pasó de Ferrara a Génova por medio de los ejércitos franceses e imperiales, fue preso y llevado al capitán... «Yendo así por estas calles, le pasó por la fantasía que sería bueno de dejar aquella costumbre —de hablar de Vos a la gente— y tratarle aquí de Señoría al capitán, y esto con algunos temores de tormentos que le podían dar, etc. Mas como conoció que era tentación: pues así es, dice, yo no le hablaré de señoría, ni le haré reverencia, ni le quitaré caperuza» (52).

«Llegan al palacio del capitán, y déjanle en una sala baja, y de allí a un rito le habla el capitán. Y él, sin hacer ningún modo de cortesía, responde pocas palabras, y con notable espacio entre una y otra. Y el capitán le tuvo por loco, y así lo dijo a los que lo trajeron: este hombre no tiene seso: dadle lo suyo y echadlo fuera» (53).

«Levantáronse en París grandes murmuraciones, máxime entre españoles, contra el peregrino; y nuestro maestro de Govea, diciendo que había hecho loco a Amador, que estaba en su colesio, se determinó y lo dijo, la primera vez que vino a santa Bárbara, le haría "dar una sala" por seductor de los escolares» (78).

He aquí cómo se liberó de ella. Según cuenta el P. Ribadeneira, al presentarse Ignacio en Santa Bárbara, sabedor de lo que le esperaba y significaba «dar una sala» (un castigo público)... «mandó el Principal que se cerrase la puerta del colegio, y se sonase la campana al aula, adonde, juntándose, según la costumbre, todos los maestros con sus mazos de vergas, entendió nuestro Pa-

dre que estaba muy seguro que la junta era para azotarle y darle una sala de las que solían dar en aquel tiempo en París, aun a los grandes y muy estrados... Entonces tuvo el Padre en duda de lo que había de hacer: porque, por una parte, deseaba grandemente que le azotasen y maltratasen por Cristo y, por otra, juzgaba que esto sería causa que aquellos mozos, que habían comenzado a servir al Señor, volviesen atrás. Y así, venciendo la caridad del prójimo a su propio gusto y contentamiento, se fue a la cámara del doctor Govea, que aún no había bajado, y díjole lo que había entendido y lo que él había hecho; y que, por lo que a él tocaba, estaba muy aparejado de ser azotado; pero que no era justo que se diese este escándalo a los pequeños... En fin, el Padre le habló de tal suerte que, tomándole el Doctor por la mano, le llevó al aula, donde todos los maestros estaban armados con las vergas... y todos los estudiantes aguardando el fin del espectáculo, el cual fue que, delante de todos, el Doctor se arrodilló, pidiendo con lágrimas perdón a nuestro Padre de lo que había querido hacer, diciendo a todos que era un santo Jerónimo, etc. Y así, nuestro Señor sacó mayor bien de lo que el diablo había armado para estorbar el que se había comenzado...

«Durante este tiempo del curso no le perseguían como anteriormente; y, a propósito de este hecho, el doctor Frago le dijo que se sorprendía de que estuviese tan tranquilo, sin ninguno que le molestara; a lo que él respondió: la causa es porque no hablo de las cosas de Dios; pero, en cuanto termine el curso, tornaremos a lo acostumbrado» (82).

«Los nueve compañeros llegaron a Venecia a principios del año 37... Dos o tres meses después fueron todos a Roma para recibir la bendición para pasar a Jerusalén. El peregrino no fue con ellos por causa del Doctor Ortiz (con quien había tenido problemas en París) y también del nuevo cardenal teatino» (93).

«Después, al llegar a Roma, dijo a los compañeros que veía las ventanas cerradas, queriendo decir que iban a encontrar allí muchas contradicciones. Y dijo también: debemos andar con mucha cautela y no tener conversaciones con mujeres, a no ser que sean ilustres» (97).

«Después empezaron las persecuciones. Miguel —antiguo compañero de Francisco Javier y molestó por su conversión— comenzó a molestar y a hablar mal del peregrino, el cual lo hizo llamar delante del gobernador, después de haberle mostrado a éste una carta en la que Miguel alababa mucho al peregrino. El gobernador examinó a Miguel y la conclusión fue expulsarlo de Roma. Lo mismo sucedió cuando Mudarra y Barreda empezaron a perseguirles... No paró hasta que consiguió «que el Papa se hiciera cargo y ordenase que diera sentencia, que fue a su favor, etc.» (98).